

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

ESPIA DE
PACOTILLA

*Lou
Carrigan*



ESPIA DE PACOTILLA

LOU CARRIGAN

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.668
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



**SERVICIO
SECRETO**



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

584 — Con la vida de otro.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 — Sekreten Polizeiken.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

534 — Cumple con tu deber.

En Colección PUNTO ROJO:

1.035 — El gran brujo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.666 — Mortalmente tuya.

En Colección KANSAS:

1.250 — Esta bala es para ti.

En Colección CALIFORNIA:

1.342 — Morir y dejar morir.

ISBN 84 02 02513-7

Depósito legal: B. 19.030-1982

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: julio, 1982

3ª edición en América: enero, 1983

© Lou Carrigan —1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Paréis del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

SAM Kelly entró en la lujosa mansión de Beverly Hills, y sonrió amistosamente al mayordomo, que se quedó mirándole con expresión crítica.

—¡Hola! —saludó Sam—. ¿Está Norah?

—Sí, pero...

—Pues tengo que hablar con ella. No me acompañes, muchacho; conozco el camino.

Pasó junto al mayordomo, cruzando el vestíbulo, directo hacia el gran salón. El mayordomo vaciló, pero acabó por encogerse de hombros. Fue una sabia decisión, porque intentar detener a un tipo como Sam Kelly habrían sido ganas de complicarse la vida: medía más de metro ochenta, tenía unos hombros colosales, y unas manazas con las que sin duda, podía romper algo mucho más sólido que el cuello de un mayordomo.

Así pues, Sam Kelly, como siempre vestido deportivamente, con jersey de cuello alto, gruesos zapatones, su vieja chaqueta deportiva, y el desaliño habitual en él, entró en el salón, todavía sonriendo. La verdad era que Sam Kelly tenía una sonrisa de lo más simpática, como si se esforzase en suavizar la dura firmeza de sus rasgos.

—¡Hombre...! —continuó sonriendo, al entrar en el salón—. ¡Pero si está aquí la vieja Molly! ¡Ven a mis brazos!

Se acercó a Molly Downs, la abrazó por la cintura, y la besó en los labios. La vieja Molly, que acababa de cumplir veinticuatro años, y era un bombón con cabellera rubia y ojos azules, quedó un instante como petrificada, recibiendo el beso, pero reaccionó prontamente, apartando a Sam Kelly de un empujón.

—¡No hagas eso, Samuel! —exclamó.

—¿Por qué no? —se pasmó Kelly.

—¡Porque me gusta!

—Pues si no te gusta, te aguan... ¿Has dicho que te gusta?

—¡Sí, me gusta! ¡Así que no vuelvas a hacerlo!

Sam Kelly quedó perplejo, rascándose el cuero cabelludo por entre la larga maraña de oscuros cabellos, fijos sus ojos negros en los azules de la preciosa Molly Downs.

—No hay quien os entienda —farfulló—. Si te gusta, deberías

pedirme que te besase, no prohibírmelo.

—Cada una sabe sus cosas. ¿Qué es lo que quieres?

—Hablar con tu ama.

—¡Yo no tengo ama! Soy una secretaria, no una esclava.

—Hijita, vaya genio que tienes esta noche... ¿Algo va mal?

—Sí, tú presencia.

—¿Quieres que me vaya?

—Pues no me da la gana —gruñó Kelly—. He venido a hablar con la eminente actriz Norah Anderson y no me iré sin haberlo conseguido.

—Norah no va a tener tiempo para hablar contigo. Esta noche vamos a una fiesta.

—Esta noche y todas las noches. ¿Tú también vas?

—Sí, porque quizá tenga que hacerme cargo de algunos documentos.

—Entiendo... Se trata de ese contrato para la película *El sol se apaga*, ¿no es así? Y posiblemente, os entreguen también el guión esta misma noche.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tengo dos orejas que acostumbro a limpiarme con cierta frecuencia, así— que puedo oír lo que lleva el viento. Y precisamente, he venido a hablar con Norah sobre ese asunto... Voy a pedirle que me consiga el papel de Dean Cash.

Molly se quedó estupefacta.

—¿Quieres el papel del protagonista? —susurró.

—¿Crees que no estaría bien en él? —preguntó Sam, a su vez.

—No sé, Sam. Bueno, por lo que tengo entendido, tu aspecto físico concuerda con el del personaje Dean Cash, desde luego, pero... ¿quién eres tú?

—Soy Sam Kelly.

—¡Oh!, vamos, Sam...

—Está bien —masculló Sam—: no soy nadie. Nadie me conoce, no tengo nombre, y por lo tanto, no tengo fama. Pero supongo que lo mismo les pasó a otros, antes de ser famosos: Paul Newman, Robert Redford, James Stewart... Elige el que quieras, todos ellos empezaron alguna vez, ¿no?

Molly se mordió los labios.

—Sam... Creo que ese papel ya está asignado.

—¿A quién?

—A Steve Holliman.

—¡A ese mamarracho...! Por Dios, ¿vas a comparar a Steve Holliman conmigo?

Molly Downs se quedó mirando fijamente a Samuel Kelly: alto, fuerte, rudo y elegante a la vez; atractivo en grado sumo con su

innegable aspecto tan masculino...

—No —murmuró—. Yo no comparo a nadie con nadie, Sam. Además, mi opinión no cuenta para nada. Soy la secretaria de Norah Anderson, y obedezco sus órdenes, no ella las mías. Si por mí fuera...

—¡Ajá! —se suavizó la expresión de Sam—. ¡Tú me darías el papel de Dean Cash a mí! ¿No es cierto?

—Sí. Pero no se lo digas a Norah. De todos modos, es inútil que insistas, créeme. Norah tiene un nombre, y también lo tiene Steve Holliman. Eso es lo que interesa a los productores, así que ellos harán la película. Lo siento... Me parece que viene Norah.

Norah Anderson apareció en el salón, radiante, como lanzando llamaradas a su alrededor, a cada movimiento de su larga cabellera roja. Era un poco mayor que Molly Downs, pero, ciertamente, a sus veintisiete años, estaba en la cumbre, o poco menos. Llevaba un vestido de noche negro, escotadísimo. Como siempre, por supuesto, estaba bellísima.

—Sam —dijo fríamente—, ésta es mi casa, no la tuya. Así que te ruego que cuando mis criados te digan...

—Está bien —cortó Sam—. Norah, he venido a pedirte un favor.

—No.

—¿No?

—No hay favor. Sé lo que andas buscando, y la respuesta es no. Y ya deberías saber que no depende de mí, Sam.

Kelly se acercó a ella, y le puso las manazas en los delicados hombros perfumados.

—Norah, necesito una oportunidad. Ya es tiempo. Hace mucho que nos conocemos, y me alegro de que hayas tenido más suerte que yo. Nunca te he pedido nada. En cambio, te he hecho pequeños favores doblando a galanes tuyos que no sabían ni sostener una pistola. Tú sí me has pedido muchas cosas, y yo, discreto y enamorado, te las he ido concediendo todas. Incluso, en cierta ocasión, por doblar a uno de tus mamarrachos en aquella película que filmamos en Río de Janeiro, perdí un contrato interesante que quizá podría haberme lanzado... No es que quiera presionarte recordándote esto y que te amo, no... Sólo te estoy pidiendo que intentes ayudarme. Norah Anderson puede conseguirlo.

—Quizá podría. Pero creo que Holliman lo hará mejor.

—Vamos, Norah —sonrió Kelly—. ¡No hablas en serio!

—¿Por qué no?

—Soy un buen actor, tengo el físico que se necesita para *El sol se apaga*. ¡Sólo necesito la oportunidad! Consigue que me prueben... Sólo eso. No te pido más. ¿Qué pierdes con ello?

—¿Qué pierdo? —se impacientó Norah Anderson—. ¡Pues te lo voy a decir! Steve Holliman es un actor ya famoso, y yo quiero que la película

sea un éxito. Con él lo tengo seguro, así que... ¿por qué arriesgarme contigo?

—Sólo pido una prueba —susurró Kelly.

—No. Aunque dieses resultado, yo no quiero. A estas alturas, no tengo por qué correr riesgos con caras nuevas junto a mí, que quizá perjudicasen la película. No, no y no. ¡Ya está dicho!

Sam Kelly se quedó mirándola fijamente. Y lo mismo hacía Molly Downs, esforzándose por no exteriorizar su opinión sobre el comportamiento de la gran estrella cinematográfica.

—¿Realmente piensas así? —murmuró Sam.

—Desde luego que sí.

—Bien. Ya no te molesto más. Buenas noches, Norah... Espero que te diviertas en la fiesta... y que firmes ese contrato con Steve Holliman. Adiós, Molly.

—Te acompaño —musitó la rubia Molly.

Salieron del salón, y cuando llegaron ante la puerta de la quinta, Molly puso la mano en el pomo.

—Sam, siento que...

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa, ¿verdad?

—Claro que no, pero... Bueno, casi me siento un poco culpable. Si quieres, puedo intentar ir convenciendo a Norah para que te hagan una prueba.

—¿Harías eso por mí, aun sabiendo lo que piensa ella al respecto?

—Lo haría.

Sam Kelly, sonrió de pronto.

—¿Qué te parece...? La estrella no me hace caso, pero la secretaria vota por mí. Es una lástima que ninguno de los dos podamos hacer nada, pero te agradezco tu adhesión. Si no fuese porque estoy loco por Norah me enamoraría de ti, vieja Molly.

—Sería interesante —temblaron los labios de Molly Downs.

—Sin duda. Y, a fin de cuentas, estás hecha un pimpollo precioso— ¡Bueno...! Ya nos iremos viendo, ¿eh?

—¡Oh, si...! ¡Si, Sam!

—Estupendo. ¡Hasta la vista, vieja Molly!

Le dio una sonora palmada en las posaderas, sonriendo, pero respingó cuando ella le empujó, gritando:

—¡No hagas eso!

—No me digas que también te gusta —se pasmó Sam.

—¡Pues lo digo! ¡Me gusta, sí! ¡De modo que no vuelvas a hacerlo!

Sam Kelly volvió a rascarse la coronilla. Acabó por mover la cabeza con el gesto de quien no entiende nada de nada, y salió de la mansión, cerrando a su espalda.

Ante él, el enorme jardín, con grandes setos bien recortados, formando sombras a la luz de la luna. Delante de la casa, el chófer de Norah Anderson esperaba ya, de pie junto al rutilante «Lincoln».

—¡Adiós, Sam! —saludó.

—¡Adiós, Jerry! Supongo que no has bebido.

—Descuida —rió el chofer—. ¡Te conservaré sana y salva a tu estrella!

Sam Kelly asintió con la cabeza, metió las manos en los bolsillos del pantalón, y se alejó hacia la salida, caminando por el sendero de tierra apisonada. Olía a flores y a pinos. Una hermosa noche, que, como todas desde hacía tiempo, empezaba espléndidamente para Norah Anderson: una fiesta. Habría champaña, canapés de caviar y de salmón, whisky de cien dólares la botella, joyas y escotes por todas partes... y tipos cargados de millones de dólares trotando en pos de la bellísima, indiscutida e indiscutible Norah Anderson.

«Pues yo —se dijo Kelly—, me voy a mi madriguera a emborracharme con whisky barato. No doy para más.»

Abandonó por fin la quinta, y siguió la avenida abajo, siempre con las manos en los bolsillos. No había nadie más a pie por allí. Claro: ¿quién no tenía coche en Beverly Hills? Sam Kelly no lo tenía. Aparte de que, ciertamente, no vivía en Beverly Hills... Frunció el ceño al pensar en su apartamento, que le parecía sencillamente asqueroso. Muy bien: ¿qué había pedido él? Solamente una oportunidad, no que Norah le impusiera como compañero de rodaje. No, él no era capaz de exigir nada parecido. Una prueba, eso era todo...

Volvió la cabeza hacia la izquierda, al oír el suave zumbido de un motor. El «Plymouth» oscuro pasó casi rozando el bordillo, muy cerca de él, pero no le habría hecho caso si no se hubiese detenido diez o doce metros más allá, y tres hombres se hubiesen apeado, lentamente, al parecer mirándole a él.

Frunció el ceño, pero siguió caminando. La idea de que le estuviesen confundiendo con uno de los millonarios de Beverly Hills le hizo sonreír. Sí, señor, la cosa tendría mucha gracia, si fuese un atraco, ya que si no recordaba mal, llevaba en el bolsillo alrededor de sesenta dólares. Prácticamente, toda su fortuna, sin embargo...

—Usted —dijo uno de los hombres, cuando llegó a su altura—: venga al coche.

Sam Kelly se detuvo en seco, ladeó la cabeza, y se quedó mirando al sujeto. Luego, miró a los otros dos, y de nuevo al que había hablado... mientras se daba cuenta de que dentro del coche, en el asiento de atrás, todavía había otro hombre, que no parecía tener intenciones de intervenir.

—¿Es a mí?

—No hay nadie más, ¿verdad? Estamos solos.

—Sí, estamos solos... ¡Qué miedo!

—Entre al coche.

—Amigo mío —sonrió de nuevo Sam Kelly—, en primer lugar, se está equivocando de un modo fastuosamente idiota. En segundo lugar, estoy de un humor pésimo, así que...

No dijo nada más.

Sí, señor, tenía muy buen oído, y muy buena vista. Oyó el chasquido del muelle de una navaja, e inmediatamente el brillo de la hoja de acero. Los otros dos también sacaron sendas navajas, y dieron un paso hacia él.

Sam Kelly no retrocedió ni un milímetro.

—Dígame —susurró—: ¿se trata de una broma o de una equivocación de personaje?

—No volveremos a decirle que suba al coche.

—Miren, si están empeñados en que les parta la cara, vamos al asunto. Tengo ganas de ir a emborracharme. ¿Cuál es el primero?

El primero, en cuanto a estar sorprendido, era él mismo. ¿De dónde demonios estaba sacando aquella chulería? Eran tres hombres, ¿no? Pero, por otra parte, era cierto que estaba de un humor pésimo, sí, señor, se estaba dando cuenta precisamente en aquel momento.

Su humor era tan, tan pésimo, que cuando el primero de aquellos hombres se acercó a él, reaccionó con violencia ciertamente desconocida para él... Simuló que iba a volverse para echar a correr, pero lo que hizo fue alzar la pierna izquierda, que había quedado adelantada hacia el individuo, y soltar un patadón tremendo, que acertó al otro; el hombre lanzó un gemido, dejó caer la navaja para llevarse las manos al vientre, y cayó de bruces... mientras los otros dos pasaban al ataque.

Ahora sí.

Ahora Sam Kelly acabó de girar, y echó a correr, como regresando hacia la quinta de Norah Anderson, volviendo la cabeza para no perder de vista a los dos hombres, que le seguían de cerca... Y cuando calculó que estaban lo bastante cerca, no sólo se detuvo: retrocedió, de espaldas, de modo que uno de los hombres cayó sobre ella, lanzando una exclamación. Sam Kelly se irguió, y el hombre salió despedido fuertemente, emprendiendo un espectacular vuelo... que terminó tres o cuatro metros más allá, sobre el duro suelo.

Pero justo cuando terminaba ese vuelo, Sam recibía un doloroso puntapié en pleno pecho, que lo derribó de espaldas... quizá más sorprendido que dolorido. ¿Cómo había podido alcanzarle en el pecho, con el pie, aquel sujeto?

Se puso en pie de un salto, vio en el suelo la navaja del que había volado, y se inclinó a recogerla.

No debió hacerlo.

Recibió tal puntapié en el costado derecho que salió rodando, sin haber llegado siquiera a tocar la navaja, y con la sensación de que acababan de perforarle el costado con una bala de cañón. Rodando, llegó junto al que había volado, que, por increíble que fuese, se estaba poniendo en pie.

Pero, debía haber quedado bastante más maltrecho que Sam Kelly, pues éste se le adelantó, y sin más complicaciones, le descargó un rechazazo en plena nariz que volvió a derribarlo de espaldas... pero sin emitir un solo gemido.

Sam se volvió hacia el otro, y entonces vio al primero, también milagrosamente en pie, corriendo hacia allí. Se estremeció: ¿de qué estaban hechos aquellos tipos? ¿De goma?

El puño que llegó a su boca no era, ciertamente, de goma. Su cabeza entera crujió, su cuello pareció estirarse, y saltó hacia atrás para caer en los brazos del que sangraba por la nariz, que lo rodeó fuertemente a la altura de los codos.

—¡Dale! —oyó su jadeo junto a su nuca.

Echó la cabeza hacia atrás, la presión de los brazos del otro se aflojó cuando recibió el doloroso cabezazo en la frente y Sam soltó sus brazos, lanzando un trallazo hacia el adversario que, ya delante de él, estaba dispuesto a golpearle. Le alcanzó en pleno pecho, derribándolo de espaldas. Mientras tanto, llegó el que primero había caído de un puntapié en el vientre, blandiendo su navaja.

En silencio. Sin una sola voz, sin un grito.

Se quedaron mirándose, el hombre adelantando la navaja, y Sam Kelly interponiendo sus manos abiertas, con las palmas hacia el hombre, que vaciló un instante, al comprender que la «víctima» no era precisamente un desgraciado: podía saber judo, karate, ambas cosas, y quizá algún jueguecito más de esa índole. Lo seguro era que si le ponía una mano encima, lo iba a lamentar...

Pero, las cosas terminaron con lógica. El que había caído al suelo detrás de Sam, se arrastró silenciosamente, hasta llegar a la distancia conveniente; entonces, saltó hacia Sam, le asió por los tobillos, y empujó con los hombros las piernas de Sam, derribándolo, primero sentado sobre su espalda, donde rebotó para caer al suelo de lado.

Allí estaba cuando recibió el puntapié en el vientre.

Sam Kelly comenzó a perder la pelea.

Otro puntapié en el costado, terminó de dejarlo sin respiración, pero, aun así, demudado el rostro, se puso en pie, tambaleándose, blandiendo sus manos como garras...

Recibió un doble puñetazo en los riñones, que lo tiró de rodillas.

Así estaba cuando recibió, en la barbilla, el puntapié que lo envió de

viaje por un largo, angosto y frío túnel de oscuridad absoluta.

Capítulo II

—No se preocupe —oyó—: no tiene nada roto.

Estiró los párpados, las facciones, la boca... Gimió al notar el dolor en la barbilla y en las mandíbulas, y, al intentar incorporarse, notó el espantoso dolor en el estómago y en el costado. Lanzó otro gemido, y se dejó caer.

—Ayudadle a sentarse —oyó.

Le ayudaron. Tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de dolor cuando lo movieron. Volvió a estirar los párpados, y las telarañas que tenía ante los ojos desaparecieron, dejando perfectamente visible al hombre que había ante él, sentado en un sillón, mirándole entre socarrón y amable.

—¡Vamos, vamos, señor Kelly! Esto no es nada para usted, amigo mío. ¿Cómo se siente?

Kelly movió la cabeza. Los tres tipos estaban allí, uno de ellos con la nariz hinchada, y otro con un tremendo hematoma en la barbilla. Comprendió que el que estaba sentado ante él era el que había permanecido en el coche, y volvió a mirarlo. Debía tener alrededor de cincuenta años, grises los cabellos, facciones sólidas, fuertes, y los ojos muy claros, fijos en él.

—¿Quién es usted? —masculló Kelly—. ¿Quiénes son?

El hombre hizo un gesto ambiguo.

—Cuando hayamos conversado un poco, comprenderá que eso no tiene importancia, señor Kelly. Pero, en fin, puede llamarme Oscar... ¿Está en condiciones de conversar? ¿Quiere beber algo, quizá?

—Pero, ¿qué demonios quieren ustedes de mí? Si se trata de un atraco o de un secuestro, han metido la pata hasta el sobaco: nadie dará un centavo por mí.

—Se trata precisamente de todo lo contrario... ¿Quiere usted embolsarse, ahora mismo, diez mil dólares?

Kelly abrió mucho los ojos. Luego, suspiró profundamente.

—A mí, personalmente, el presidente no me ha hecho nada —masculló.

—¿El presidente? ¿Cuál presidente?

—El nuestro. Supongo que por esa cantidad van a pedirme que lo liquide. Me refiero al señor Ford... Y no al de los coches.

Oscar sonrió amistosamente en verdad.

—Nosotros esperamos que no tenga usted necesidad de matar a nadie, señor Kelly.

—Quizá les parezca tonto, pero no entiendo lo que está pasando.

—Se lo explicaremos. ¿Quiere beber algo, o no?

Sam asintió con la cabeza, y uno de los hombres se movió. Lo siguió con la mirada hasta el bar, que estaba en un rincón de aquel acogedor saloncito, serio y elegante. Él estaba sentado en el sofá...

—¿Dónde estamos?

—fin un pequeño chalet privado, en Santa Mónica.

Nos permitimos traerle aquí en el coche.

—¿Para qué?

El otro llegó con el whisky. Kelly tomó el vaso, bebió un trago, y suspiró de nuevo. Sonrió, cuando el tipo de la nariz hinchada se acercó a él, le ofreció un cigarrillo y se lo encendió, impávido.

—Parece que no me guardan rencor, ¿verdad? —lo señaló Sam.

—En absoluto. Cada cual estaba haciendo su trabajo... Sólo se trataba de hacer una comprobación respecto a sus agallas, señor Kelly. Si usted se hubiese dejado «robar», en estos momentos no estaría aquí. Para darle el empleo, queríamos estar seguros de que era capaz de afrontar una situación molesta sin arrugarse. ¿Comprende?

—Más o menos. ¿Qué empleo me ofrecen?

—Somos admiradores de usted.

—¿Ah, sí? —se pasmó Sam—, ¿Y qué es lo que admiran de mí? ¿Mis tobillos?

—Tiene usted sentido del humor, y eso me complace —sonrió Oscar—. Le admiramos por sus películas.

—¿Por mis...? Vaya. Estamos de cachondeo, ¿eh?

—No, señor —casi rió Oscar—. ¡Nada de eso! Le admiramos sinceramente. Yo le he visto en algunos papeles cortos...

—Muy cortos.

—Sí. Cortísimos. Siempre hay personas que no reciben la debida justicia a sus méritos, pero eso lo solucionaremos, quizá. Mientras tanto, en efecto, yo particularmente, soy admirador de usted. Se lo explicaré: sus cortísimos papeles han sido siempre de hombre duro, de tipo capaz de aguantar lo que le echen. Aparte, ha intervenido en muchas películas doblando a actores importantes... pero que no sabían caer de un segundo piso, o pasar entre llamas, o caer del caballo, o derribar una puerta con los hombros... Hace ya algunos meses me llamó usted la atención, pero sólo hace tres días que me interesé a fondo por su persona. Fue una idea... luminosa por mi parte. En esos tres días, lo hemos investigado a conciencia, y sabemos que es un «extra» que con frecuencia hace de doble. Su constitución física, su musculatura, su

agilidad, su decisión, le convierten en un sujeto ideal para empresas difíciles. Sólo nos faltaba saber si, además de todo eso, llegado el momento de un peligro real, reaccionaría con un mínimo de valor... Ha superado la prueba, desde luego. De lo contrario, no le contrataríamos.

—Apuesto,... —musitó Sam a que incluso saben cómo se llamaba mi madre, mi padre, mi abuelo, y mi primera maestra escolar.

—En efecto —asintió Oscar—. ¿Quiere saber por qué hace tiempo me fijé en usted, y por qué hace tres días decidí investigarlo a conciencia?

—Claro.

Oscar se inclinó hacia un lado, tomó el portafolios que había en el suelo junto al sillón, y se lo puso sobre las rodillas. Del portafolios sacó una fotografía de treinta centímetros por veinte, aproximadamente, manteniendo la parte impresa hacia él.

—Cierre los ojos, tome esta fotografía, dele la vuelta, y mírela de pronto —susurró—. ¿Comprende?

—Sí.

Kelly cerró los ojos, y tendió una mano, en la que Oscar le puso la fotografía. La puso ante sus ojos, le dio la vuelta, la miró... y tras un respingo, miró estupefacto aquel rostro fotografiado.

Por fin, volvió a mirar a Oscar, que asintió plácidamente.

—¿Verdad que, al primer vistazo, ha creído que era una foto de usted, señor Kelly? —preguntó.

—Sí. Así es... Pero no soy yo.

—Por supuesto que no. El hombre de esa fotografía se llama... se llamaba Gordon Monroe. Lo mataron en París, hace cinco días, de dos balazos en la espalda. Trabajaba con nosotros: la CIA...

Sam Kelly entornó los ojos, sin dejar de mirar fijamente a Oscar. Por fin, musitó:

—¿Han venido a proponerme que me haga pasar por este hombre, en París, o en algún otro lugar?

—¡Magnífico! —se mostró satisfecho Oscar—. Exactamente de eso se trata, señor Kelly.

Este movió negativamente la cabeza.

—No me interesa. Y no me gusta la CIA, señor Oscar.

—Mire, señor Kelly, la CIA está muy desprestigiada últimamente, pero no vamos a discutir eso. Es cierto que hacemos cosas que no están bien, pero también hay otros servicios secretos que saben ser unos canallas cuando les conviene. Por otro lado, la CIA también puede hacer cosas buenas, ¿no le parece? Como todo el mundo. En realidad, sólo depende de las circunstancias. De un modo u otro, usted sólo tiene que decidir si va a ayudarnos o prefiere que otros servicios secretos se salgan con la suya, en esta ocasión, sólo tiene que decirme si es usted norteamericano o no lo es.

Kelly se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué tendría que hacer?

—Ir a París. Además de diez mil dólares que puede dejar ya en una cuenta bancaria aquí, tendrá todos los gastos pagados, y una prima de cinco mil dólares si su intervención resulta decisiva en este asunto. Si se limita sólo a su cometido inicial, no percibirá esos cinco mil dólares.

—Entiendo. ¿Qué tendría que hacer en París?

—¿Habla usted francés?

—Regular nada más. Demonios, más bien mal, francamente.

—Era de temer, pero lo hemos previsto. Cuando nosotros nos vayamos de aquí, vendrá una persona a darle clases de francés intensivas. Calculamos que necesitaremos cuatro o cinco días para hacer las cosas bien. O sea, prepararle su pasaporte a nombre de Gordon Monroe y preparar su recepción, estancia y contactos en París. No hay una prisa especial, pero sí queremos que las cosas salgan bien. Nosotros creemos que usted no va a correr peligro alguno, si sigue mis instrucciones con exactitud. Pero, si algo ocurre que no haya sido previsto por nosotros, le ruego que tenga presente que la vida de usted nos importa más que la vida de cualquier agente de otro servicio secreto. ¿Lo entiende?

—Interpreto que si me encuentro en algún apuro, ustedes me autorizan para matar.

—Sí.

Kelly volvió a pasarse la lengua por los labios.

—No he matado nunca a nadie —murmuró.

—Lo sabemos. Pero recuerde esto: a matar se acostumbra uno, pero si está muerto, ya no tiene que acostumbrarse a nada.

—¿Qué tengo que hacer exactamente en París? ¿Localizar a quien mató a su agente Monroe?

—Está localizado. —Oscar le tendió otra fotografía que sacó también del portafolios—. Se trata de este hombre: Renzo Bulgati.

—¿Italiano? —preguntó Kelly, mirando el rostro de Bulgati.

—Por supuesto. Pero nos consta que no trabajaba para el servicio secreto italiano. En realidad, Renzo Bulgati era un...

—¿Era?

—Está muerto, también. Lo encontraron en el Bois de Boulogne, entre unos pinos, con tres balazos en el corazón. Ahora bien, quizá usted ha entendido mal, o yo me he expresado peor: no tenemos ni mucho menos la certeza de que fuese Renzo Bulgati quien matase a Gordon Monroe. Puede que sí, puede que no. Renzo Bulgati era un sujeto peligroso, que trabajaba con independencia de todo idealismo o partidismo. Nosotros también contratamos, a veces, a gente así: tipos que trabajan por dinero, a favor de quien sea, y que si se les paga bien,

hacen todo lo que se les ordene...

—¿Un mercenario?

—Podemos llamarlo así. Ahora, escuche cómo parece que sucedieron las cosas... Cuando Renzo Bulgati apareció en París, nuestro personal de la capital francesa lo detectaron, y, en el acto, lo pusieron bajo vigilancia. El encargado de ello fue Gordon Monroe... Hace seis noches, cuando Monroe debía estar siguiendo a Bulgati, apareció en cierta casa donde tenemos algunas instalaciones y personal, herido de muerte. Tanto, que, en realidad, todo lo que pudo hacer fue llegar con el coche, y ponerse a tocar el claxon... Estaba en el asiento como clavado a él, lleno de sangre. Así lo encontraron dos de nuestros hombres. Gordon Monroe murió en cuanto lo movieron. Pero antes, dijo unas pocas palabras, que le citaré de acuerdo al texto recibido de París. Son éstas: «La modelo... Jacques... Bulgati y la modelo...». Eso es todo.

—¿Debo entenderlo?

—No. Pero nuestro personal de París se puso a trabajar con estas palabras en cuanto tuvieron la noticia a la mañana siguiente de que Renzo Bulgati había sido hallado muerto en el Bois de Boulogne.

—¿Qué quiere decir con eso de que se pusieron a trabajar con esas palabras?

—Las analizaron. Indudablemente, Bulgati estaba relacionado con una modelo. En principio, se podía pensar que Bulgati y una modelo habían herido a Monroe en el Bois, y que Monroe pudo escapar en su coche, con el cual les había estado siguiendo. Puesto que Monroe tenía las heridas en la espalda, nos parece evidente que iba a pie cuando le hirieron; eso tiene sentido, claro está, ya que debió salir del coche para poder acercarse más a Bulgati y, al parecer, a la modelo. Le descubrieron, dispararon contra él, echó a correr hacia su coche, y fue entonces cuando le alcanzaron las balas. Pero, llegó al coche y se fue. Hasta aquí, no hay problema. Ahora bien: ¿realmente había estado Bulgati con una modelo?

—Escuche, todo eso es demasiado para mí. Yo no...

—Cálmese. Se lo vamos a dar masticado, señor Kelly, ya lo verá. Su labor va a ser muy sencilla. Pero antes, aclaremos lo de la modelo. Considerando que Bulgati también había muerto, podíamos pensar que fue Monroe quien lo mató, pero se comprendió enseguida que no, ya que Monroe se había limitado a correr; su pistola no había sido disparada, aquella noche. Así que, pensamos... es decir, los de París pensaron lo siguiente: entre Bulgati y la modelo mataron a Monroe. Luego, la modelo mató a Bulgati, lo dejó allí, y desapareció.

—¿Y por qué mató a Bulgati la modelo?

—Porque comprendió que la CIA andaba tras él, y decidió eliminarlo. Seguramente, se encontraron para concertar algún trabajo en

el que Bulgati debía intervenir, pero cuando la modelo comprendió que Bulgati estaba bajo control, le pareció peligroso, y lo mató. Teniendo en cuenta la personalidad de Renzo Bulgati, nosotros creemos que el trabajo en el que iba a intervenir era importante...

—Quizá ese trabajo ya ha sido terminado en París, ¿no?

—No. Ni en París ni en toda Europa ha sucedido nada, digamos de la envergadura propia de Bulgati. Sea lo que fuere, todavía lo están preparando. Es más: incluso cabe la posibilidad, la esperanza, de que al no poder contar con Bulgati, ese proyecto haya tenido que ser considerablemente retrasado, hasta encontrar un sustituto adecuado, con la talla de Bulgati. Y eso, quizá nos dé tiempo a intervenir.

—A intervenir, ¿en qué?

—En lo que sea. Ya le digo que si estaba programada la intervención de Bulgati, el asunto tiene que ser muy importante.

—Sí, comprendo. Bueno, ¿qué tengo que hacer yo? ¿Encontrar en París a una chica que es modelo?

—Es muy posible que ya la hayamos encontrado para usted, señor Kelly.

Sam quedó boquiabierto.

—¿Han encontrado a una modelo en todo París? ¡Demonios! ¡Eso es trabajar bien! Lo que no comprendo es para qué me necesitan a mí, entonces, si ya saben todo.

—No. Todo no. Podemos estar equivocados, y ciertamente, la CIA no quiere en ningún modo hacerse aún más impopular en Francia, y concretamente, en París. Así que vamos a andar con pies de plomo. Antes le he dicho que las palabras de Gordon Monroe fueron analizadas... Le diré cómo: las palabras de que disponían los nuestros de París eran «La modelo... Jacques... Bulgati y la modelo...». La única palabra que parecía no encajar era «Jacques», pero, precisamente, ésa fue la palabra que dio la clave, la posible pista: en París hay una casa de modas muy conocida que se llama Jacques. Y en esa casa de modas, trabajan cuatro modelos, habitualmente. Una de ellas pudo ser la que entró en contacto con Bulgati, y por lo tanto, la que lo mató, después de que entre ambos o quizá ella sola, matase a Monroe. ¿Me sigue, señor Kelly?

—Sí... Sí, sí. ¿Tengo que averiguar los nombres de esas cuatro chicas y...?

—Sabemos sus nombres —sonrió Oscar, sacando un sobre, que tendió a Sam Kelly—. Y no sólo sus nombres, sino sus domicilios, y, en estos momentos, se las está investigando muy discretamente a las cuatro. No queremos cometer ningún error, ni ocasionar alarma, denuncias... Tampoco sería justo, ni conveniente, secuestrar a cuatro chicas que quizá no tengan nada que ver con el espionaje, pues

admitimos que podemos estar equivocados y que la palabra «Jacques» fuese mal entendida por los compañeros que escucharon a Monroe, o, más posible aún, que el nombre de Jacques sea el de una persona que, de un modo u otro estaba relacionada quizá con Bulgati, quizá con el propio Monroe, ya que nuestros agentes disponen de confidentes en todas partes... Así pues, no podemos ir a París, secuestrar a cuatro muchachas, y hablarles de espionaje. Un fallo sería terrible para la CIA. Y aunque una de las cuatro fuese la que buscamos, las otras tres hablarían y la cosa se pondría muy mal...

—Podrían liquidarlas a todas —sonrió Kelly—: así ninguna diría nada.

—Lo habíamos pensado —asintió Oscar, estremeciendo a Sam Kelly—. Pero eso sólo se podría hacer si estuviésemos seguros de que una de ellas sabe algo. Y no lo estamos. Puede que la pista que tan cómodamente nos hemos confeccionado, sea falsa, una ilusión nuestra.

—¿Y yo tengo que descubrir si la pista es buena o no?

—Sí.

—¿Cómo?

—Mire esas fotos, señor Kelly. En cada una consta el nombre y la dirección de cada una de las modelos. Mírelas bien, y apréndaselo todo de memoria, porque no podrá viajar con estas fotografías.

—Por memoria, no hay problema —murmuró Kelly—: estoy bien preparado, por si me ofrecen algún buen papel en el cine, o en el teatro, o en la televisión... Veamos.

—No hay prisa.

Sam Kelly miró las fotografías, los nombres y direcciones de las cuatro muchachas, cada una de las cuales aparecía en varias fotografías. La CIA de París había trabajado deprisa y bien, ciertamente.

—Son cuatro bombones —dijo, alzando la cabeza.

—¿Recordará sus nombres?

—Jeannine Colbert, Katia Urulova, Monique Arnaud y Rose Marie Armagnac. Sus domicilios...

—Está bien —Oscar recuperó las fotografías, las metió en el sobre, y guardó éste en el portafolios—. Admito que usted recordará estos rostros, sus nombres, y sus direcciones en París. Ahora...

—Hay una que parece rusa, ¿no?

—Olvide eso —rechazó Oscar—. No significa nada. Lo más estúpido que hay en el espionaje es actuar guiados por una idea preconcebida... Escriba esos cuatro nombres en otros tantos papelitos, mézclelos, y vaya sacándolos de uno en uno; en el orden en que vayan saliendo, coloque a las cuatro modelos, y dedíquese a trabajarlas.

—¿Qué quiere decir «trabajarlas»?

—Es muy posible que una de esas chicas sea la que mató a Monroe.

Si descubrió a éste escuchando lo que ella tuviese que hablar con Bulgati en el Bois, quiere decir que lo vio. Y si lo vio, tiene que reaccionar en algún sentido cuando... vuelva a verlo.

—¿Debo ver cuál de ellas se sorprende o se asusta al verme?

—Exactamente, señor Kelly, Y eso es todo lo que usted va a tener que hacer en París. Arrégleselas de un modo inteligente para observar las reacciones de esas cuatro chicas. Si una de ellas reacciona como cabe esperar en quien antes disparó contra el hombre que está viendo todo lo que tendrá que hacer usted es esperar el contacto con la persona que se destinará para este fin en París, y regresar a Estados Unidos en cuanto le haya dicho a esa persona el nombre de la chica en cuestión.

—No parece difícil. Y hasta podría ser agradable «trabajar» a estos cuatro bombones.

—Señor Kelly, usted sale hacia París sin pasaje de vuelta.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que uno de esos cuatro bombones puede matarle a usted, sin pestañear. Le deseo un feliz viaje, de todos modos. Le enviaré todos sus documentos, dinero, pasaje, etcétera, en cuanto esté terminado. Quiero decir que supongo que acepta, ¿no?

—¿Está usted seguro de que eso no podrían hacerlo sin mí?

—Podríamos hacerlo sin usted, pero no con las garantías de discreción que su colaboración significa. No es lo mismo aparecer delante de una señorita y ver qué cara pone, que meterla en un coche y someterla a interrogatorio... para luego soltarla.

—Entiendo. ¿Y de todo esto podría salir algún perjuicio para Estados Unidos?

—Desde luego. O quizá para algún país amigo. En realidad no sabemos lo que se está tramando, pero no será nada bueno. Sea como sea, debemos controlarlo todo: es el mejor modo de estar seguros de que nadie pretende hacernos daño, señor Kelly.

—Iré a París.

—Gracias. Espero tener el placer de saludarle a su vuelta. Buenas noches, señor Kelly.

Oscar y los otros tres se fueron. Sam Kelly quedó sentado en el sofá, pensativo. Bien, ¿qué podía perder? ¿La vida? Le parecía un riesgo muy remoto, demasiado grande, sólo por el hecho de plantarse delante de cuatro chicas a ver qué cara ponían. En cierto modo, tenía gracia el asunto.

Terminó el whisky de un trago y frunció el ceño.

—¿Y qué demonios se me ha perdido a mí aquí? Ya estoy hasta las narices del cine y de todo eso, y evidentemente, nadie va a ayudarme, pues soy un don Nadie. Mejor que muchos que son don Mucho, pero nadie me conoce, ni tiene interés por conocerme. ¡Pues me voy a París,

y que revienten todos...!

Estaba sirviéndose otro whisky cuando oyó abrirse y cerrarse la puerta del chalet. Ahí llegaba la persona encargada de encerrarse cinco días con él para enseñarle el francés intensivamente...

El vaso casi se le escapó de la mano cuando apareció la persona encargada de tal menester: era una muchacha de cabellos largos, ondulados, aunque menos que su cuerpo, cuyas formas hicieron desorbitar los ojos a Sam Kelly.

—¿Monsieur Kelly? —sonrió la muchacha minifaldera y maxiescultura.

—Claro que sí, encanto...

—*Non, non, non, monsieur Ketty* —se acercó la muchacha, moviéndose mucho—. *Nous parlerons toujours en francais; exclusivement en francais. Ça va, monsieur Kelly?*

—No sé qué dices, pero de acuerdo —sonrió Kelly, lanzándole una palmada.

—¡Quietas las manos, cochino! —respingó la muchacha.

—¿No te ha gustado?

—¡No!

—¡Qué raro! Pues a Molly le gusta. Y oye, tú: ¿no decías que solamente teníamos que hablar en francés?

—*Mais oui, cochon!*

—Me parece que me has llamado algo feo —sonrió de nuevo Kelly—. Pero no importa. Dentro de cinco días, yo sabré francés y tú estarás loca por mí, pimpollo: palabra de espía.

Capítulo III

SAM Kelly no era, en modo alguno, un espía, pero en efecto, cuando se marchó del chalet de Santa Mónica, la profesora de francés quedó muy triste; incluso, con un par de tontas lagrimitas en los ojos, a juicio de Kelly.

También hubo un pequeño cambio de planes: Oscar decidió en el cuarto día, que dada la sencillísima misión que Kelly debía cumplir en París, era absurdo complicar las cosas proporcionándole un pasaporte falsificado a nombre de Morgan Monroe, por lo que Sam utilizó su propio pasaporte. Simplemente, el turista norteamericano Samuel Kelly visitaba París,

No se despidió de nadie; es más, desde el momento en que despertó en el chalet, ya no salió de él más que para darse unos baños en la cercana playa, y siempre acompañado por su curvilínea profesora de francés. Los progresos en este sentido fueron buenos, habida cuenta de que Kelly no partió de cero, sino de unos básicos conocimientos del idioma, aprendidos en sus años de estudiante.

En definitiva, seis días más tarde de la espectacular pelea en Beverly Hills, el turista Sam Kelly llegó en avión a Orly. Vestía ahora impecablemente, incluso con corbata. Gentileza de la CIA, que, además, había ingresado diez mil dólares a su nombre en el Banco del desafortunado actor. Oscar le había entregado, también, otros cinco mil dólares para sus gastos en París.

—¿Puedo gastarlos todos? —había preguntado Kelly.

—Gaste lo que tenga que gastar, señor Kelly.

—¿Y si los gasto todos?

—Eso es cosa de usted. Pero, por favor, no nos venga con facturas falsas: nos daría risa. Preferimos que diga que los ha perdido, o que se los regaló a una chica del Moulin Rouge.

—Okay.

Veinte de mayo de mil novecientos setenta y cinco: Sam Kelly, con su maleta, aparecía en el vestíbulo de Orly. Ya estaba en Francia. Y ahora... ¿qué?

—¿Señor Kelly?

Miró a su derecha y sonrió. Una cosa buena tenía aquel asunto: que cada vez, las muchachas eran más bonitas. La de tumo, que le miraba

con gran curiosidad, no tenía las formas tan destacadas como la profesora de francés, pero era más elegante y... angelical. Sí, ésa era la palabra: angelical. Más bien alta, delgadita, cabellos castaños y ojos color café; su boquita era un primor.

—¿Cómo dice? —alzó las cejas Kelly, por fin.

—La luna tiene un amante.

—¡Ah! Sí, soy Kelly. Oiga, es divertido esto, ¿eh?

—¿El qué?

—Ya me dirá usted quién puede ser el amante de la luna. A mí no se me ocurre.

—Lo pensaremos por el camino. Tengo el coche afuera... ¿Ha tenido buen viaje?

—Formidable. He estado a punto de citarme con una azafata, pero me pareció que eso no le gustaría a Oscar. ¿Conoce usted a Oscar?

—Más o menos. ¿Salimos?

Salieron. Tres minutos más tarde, estaban en el coche de la muchacha, que lo puso en marcha y maniobró para salir del estacionamiento... El corto viaje que terminaría en París, comenzó.

—¿Y usted quién es? —preguntó Kelly.

—Annette.

—Annette... ¿qué más?

—Annette.

—Entiendo.

—He sido designada como su enlace, señor Kelly.

Todo lo que tenga que decir o consultar, será por mi mediación. No va a conocer a nadie más en París. Cuando lleguemos, lo voy a dejar en el Boulevard Jourdan, y allá tomará usted un taxi, que le llevará al Hotel Les Champs, en la Rué Saint-Dominique, donde se alojará. Yo le llamaré a usted cada día, a las diez de la mañana y a las diez de la noche. Es decir, a las diez y a las veintidós horas...

—¿Y dónde puedo llamarla yo a usted?

—No. Usted no podrá llamarme a ningún sitio, señor Kelly.

—¿Por qué no? —refunfuñó Sam—. Puede llegar un momento en que necesite ayuda o consejo con urgencia, ¿no cree?

—Sí, tiene razón. Personalmente, estoy de acuerdo con usted. Pero tengo que obedecer las órdenes. Según tengo entendido, su trabajo va a ser muy sencillo, pero si las cosas se complicasen, ya sería bastante malo para usted, así que no convendría agravarlas con riesgos para mí. Esto tiene una explicación, desde luego: usted, en París, no es nadie; yo, en cambio, tengo una cierta importancia en esta estación de la CIA, y cualquier percance que sufriese podría tener graves repercusiones generales. ¿Lo comprende?

—Claro. Pero entonces, nos encontramos como en las películas de espionaje: si algo me ocurre, me encontraré solo.

—Oscar confía en que no va a ocurrir nada. Pero si algo ocurre —Annette le miró un instante, sonriendo—, parece ser que usted no es inofensivo del todo, señor

—No. Pero para estas cosas me falta mala leche. Francamente, no sé si diez mil dólares van a compensarme de este trabajito.

—¿Le pagan diez mil dólares?

—Así es.

—Pues ya cobra más que yo. Sigamos con el asunto de los contactos... Cada vez que le llame, le preguntaré si podemos vernos hoy. Si usted no ha conseguido nada, me dirá que tiene mucho trabajo, que es imposible que nos veamos. Si ha conseguido algo, sea lo que sea, dirá que sí, que podemos vernos. Nos citaremos en cualquier sitio, pero nos citemos donde nos citemos, sólo nos encontraremos, siempre, en Notre Dame, delante de la fachada principal. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Conoce usted París?

—¡Uf, ya lo creo! ¡Por lo menos he visto quinientas veces la fotografía de la Tour Eiffel!

Annette volvió a mirarlo, sonriente, y señaló el salpicadero.

—Ahí dentro tiene una gula de París, y un plano general. Podrá arreglárselas bien con ello. Salvo que haya entendido mal Tas instrucciones, no debo facilitarle arma alguna, ¿verdad?

—Eso parece. Mire, Annette, le voy a decir la verdad: me siento como un gusanito ensartado en un anzuelo.

—Es lo que es usted en este momento —rió la muchacha—: el cebo, señor Kelly. Pero no me parece ningún gusanito.

—¡Ajá!’—exclamó Kelly, dándole un manotazo en un muslo—: ¡eso quiere decir que le parezco guapo!

—En efecto —asintió Annette—, Pero, por favor, tenga las manos quietecitas.

—¿No le ha gustado?

—No, señor.

—Caramba... ¡Pues a la «vieja» Molly le gusta!

—Respeto los gustos de esa anciana, señor Kelly. Pero a mí, esos golpes me parecen groseros.

—Entonces, podríamos iniciar nuestra amistad de otro modo.

—Nosotros, señor Kelly, no tenemos que iniciar ninguna clase de amistad.

—¡Caracoles...! ¡Para que luego digan que las francesas son tan asequibles! Pero no se preocupe, nena: cuando yo me vaya de París,

usted llorará a lágrima viva.

Annette volvió a mirarle, sería ahora.

—Espero —musitó—, que no sea por los mismos motivos que me hicieron llorar cuando se fue Gordon Monroe.

La frasecita dejó a Kelly hecho polvo, así que ya no dijo nada más. El coche parecía volar por la autopista, en dirección a París. Y diez minutos más tarde, la muchacha detenía el coche delante de un alto edificio que tenía, como adorno, en el antevestíbulo, unas horrendas esculturas que se podían calificar de impúdicas.

—Boulevard Jourdan —murmuró Annette—. Buena suerte, señor Kelly.

Sam miró su reloj. Eran las siete y veinte de la tarde.

—Gracias. ¿Me va a llamar esta noche?

—¿Va usted a empezar a trabajar ahora mismo?

—No.

—Entonces, ¿para qué habría de llamarle? Dígame cuándo va a empezar su trabajo, y le llamaré a partir de ese momento.

—Empezaré seguramente mañana por la tarde, si ya me he situado.

—Le llamaré mañana por la noche.

—Okay. Una sola pregunta, Annette: si me encontrase en dificultades, ¿puedo recurrir a nuestra Embajada?

—Como cualquier ciudadano norteamericano en el extranjero. Sólo de ese modo.

—Entiendo. Bien... Gracias y hasta la vista.

Se disponía a salir del coche, pero Annette le retuvo de una manga, tímidamente.

—Señor Kelly: tenga cuidado. Las cosas ya son bastante difíciles para los profesionales, ¿comprende?

—Lo haré lo mejor que sepa —murmuró Sam—. Gracias, Annette.

Se apeó, abrió la puerta derecha de atrás, sacó su maleta, y se apartó, saludando con la mano. Annette le correspondió, y partió. Sam Kelly encendió un cigarrillo, y se quedó mirando, frente a él, lo que parecían unos jardines con edificios aislados en el interior: la Ciudad Universitaria. Para él, un sitio cualquiera de París, de la cual, en efecto, solamente conocía las postales de la Torre Eiffel, y alguna que otra de Notre

Dame, Les Champs Elysées, y sitios igualmente famosos.

«Me parece —pensó, no poco inquieto—, que estoy haciendo el primo.»

Dos minutos más tarde, detenía un taxi, y casi media hora después, el taxi se detenía delante del Hotel Les Champs, en la Rué Saint-Dominique, No hubo problema alguno. A las ocho de la tarde, Sam Kelly

estaba instalado.

A las nueve, estaba en Pigalle, deambulando por la acera izquierda, contemplando los escaparates de las *sex-shop*, en los que habían artilugios y artículos verdaderamente curiosos. En el zaguán de muchos locales había sujetos con malas trazas que llamaban a los transeúntes, asegurándoles que por diez francos lo iban a pasar bomba.

En un bar tomó dos bocadillos y una cerveza... mientras en el otro extremo de la barra, una negra pechugona le sonreía, y hasta le guiñaba un ojo.

De pronto, Sam Kelly se encontró terriblemente aburrido y cansado. Ignoró a la negra, terminó su segundo bocadillo, pagó, y salió a la calle, donde tomó un taxi.

Ni siquiera eran las once de la noche cuando celebraba su primera noche en París durmiendo a pierna suelta en su habitación del Hotel Les Champs.

Lo último que pensó fue:

—Tengo que enviarle una postal a Norah, diciéndole que la amo... Y mañana por la mañana, visitaré El Louvre: eso sí vale la pena.

Tampoco esto le salió muy bien.

A las nueve y media, en el *comptoir* del hotel, adquirió una tarjeta postal (que no era de la Tour Eiffel), y se lió a escribir en ella unas líneas para Norah Anderson. Es decir, así lo creía él. Pero cuando leyó lo escrito, se quedó patitieso.

Lo que él había escrito (él y nadie más que él) era lo siguiente:

«Desde París, te envío cariñosos saludos y unas palmaditas.

Besos de

Samuel.»

«Atiza —pensó, desconcertado—. ¿Cómo se me ha podido ocurrir escribirle esto a Norah?»

Lo solucionó de un modo muy simple: en lugar de dirigir la tarjeta postal a Norah Anderson, en el lado derecho escribió:

«Para la vieja Molly.

»LOS ANGELES (Beverly Hills).

»USA.»

Metió la postal en un sobre, puso la dirección de la quinta de Norah

Anderson, pero el nombre de Molly Downs, y entregó el sobre al conserje.

A las diez y cuarto, estaba delante de El Louvre, en la calle del mismo nombre. Antes de entrar, decidió dar una vuelta, rodeándolo, y ver los patios interiores al aire libre. Diez minutos más tarde, se detenía allí, en los jardines, rascándose la coronilla.

—¡Mi madre! —exclamó en puro inglés yanqui—. ¡Esto es enorme, necesitaría por lo menos una semana para verlo todo... y eso, yendo a paso atlético!

Así que no entró en el Louvre. Pasó por la Place du Carrousel, eso sí, admirando los jardines, el Arc de Triomphe du Carrousel, y terminó su visita a tan importante lugar saliendo a la Avenue du General Lemmonier...

A las seis de la tarde, Sam Kelly estaba en la Rue Rivoli, exactamente delante de la casa de modas Jacques, en la acera de enfrente. No se iba a complicar la vida haciendo papelitos. Simplemente empezaría a «trabajar» a las cuatro modelos por el orden en que las había conocido fotográficamente. Por lo tanto, la primera era Jeannine Colbert.

Se cobijó en un portal, y se dispuso a esperar. Había sido debidamente informado por Oscar respecto a cómo funcionaba la casa Jacques: las modelos estaban trabajando allí, pasando vestidos y cosas así, hasta las siete. A esa hora, la tienda cerraba. Luego salían las empleadas corrientes. Y finalmente, las modelos, ya con traje de calle, terminado su trabajo...

La primera en salir fue Monique Arnaud, y Kelly estuvo tentado de cambiar el orden de abordaje. Pero no lo hizo. Luego, salió la rusa, Katia Urulova... Era tremenda, con una larga cabellera de color platino tirando a ceniza, una boca grande y sensual unos enormes ojos muy claros...

Casi pisándoles los talones, salió Jeannine Colbert. Naturalmente, como a las dos anteriores, Kelly la identificó en el acto. Era un bomboncito delicado y frágil, de expresión dulce, luminosa... ¡Bah! ¿Cómo podía una criatura así matar a un hombre... o a dos?

La dulce Jeannine fue por la Rue Rivoli hasta la Place de la Concorde. Giró al llegar al centro, a la derecha, subiendo por la Rue Royale, en dirección a la iglesia de La Madeleine. Y precisamente, fue a detenerse delante de esta iglesia. La muchacha se fue directa a un banco, se sentó, abrió su bolsito, y sacó lo que parecía una libreta, o un libro muy pequeño.

—A lo mejor es un código de claves —se dijo, irónicamente, Sam Kelly.

Esperó un par de minutos, observando atentamente a Jeannine, que estaba inmersa en la lectura del librito. Por fin, Kelly comenzó a

acercarse, sin dejar de mirarla, dispuesto a volverse, o a ocultar el rostro si ella alzaba la mirada.

Pero no.

Llegó ante el banco, miró las rodillas impecables de la bella modelo, y dijo:

—¡Hola!

Jeannine Colbert alzó la mirada, sonriendo, como dispuesta a cerrar el librito. Se quedó a medias en este gesto, mirando atónita a Sam Kelly. Simplemente, atónita, en modo alguno sobresaltada o asustada. Por lo que, en el acto, Kelly comprendió que Jeannine Colbert debía ser descartada.

—¡Hola! —sonrió, cortésmente, la muchacha.

Y se dispuso a reanudar la lectura. Sam Kelly frunció el ceño. Bien, aquel día estaba ya perdido, pues no quería acercarse a los domicilios de las modelos a menos que fuese absolutamente necesario, por lo que las iría esperando al salir de Jacques.

Fue un impulso tonto, pero cedió a él. Se sentó junto a la muchacha, y preguntó:

—Le gusta la poesía, ¿eh?

La Colbert lo miró, en verdad intrigada. Pero era una chica muy, muy amable.

—No es poesía —dijo—. Es un pequeño diccionario manual de francés-español.

—¡Ah! ¿Piensa ir a Sudamérica?

Jeannine quedó pasmada un instante.

—Pues no —negó—: sólo a España, dentro de un par de meses.

—¡Ah! España... Eso está al sur de Francia, ¿verdad?

—Eso creo —rió la muchacha.

Su risa animó a Sam Kelly.

—Yo no hablo español, pero sí inglés... ¿Le gustaría aprender el inglés?

—¡Ya practico el inglés con mi novio! —rió Jeannine.

—¡Oh!

—Por cierto, por ahí viene.

Sam Kelly tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar un respingo. Miró hacia donde lo hacía Jeannine, y vio al hombre que se detuvo ante ellos, con expresión un tanto perpleja, mirándole a él. Era un muchacho de buena estatura, muy guapo, de expresión inteligente y largos cabellos muy bien cuidados. Elegantísimo.

—*Bonsoir, Jeannine* —saludó.

—*Bonsoir, chéri... Tu arrives en retard.*

—*Pardon. Allons-y?*

—*Mais oui* —la muchacha se puso en pie, y miró a Sam, que no sabía dónde esconderse—. ¡Adiós, señor! —dijo en inglés—. Buenas tardes, señor.

—*Good afternoon* —masculló Sam Kelly.

Se quedó allí, como atornillado al banco, convencido de que estaba rojo como un tomate, viendo alejarse tranquilamente a la sospechosa número uno tomada del brazo del guapo muchacho, riendo ambos...

«Maldita sea mi estampa... —se dijo Kelly—. ¡Ojalá estuviese aquí la «vieja» Molly, para darme un hermoso tortazo! Me lo he ganado, por cretino.»

Aquella noche, a las diez en punto, Annette le llamó al hotel, de acuerdo a lo convenido. Después de las frases también convenidas, Sam Kelly dijo:

—En cuanto a Jeannine, será mejor que la taches de la lista, Annette: he hablado con ella, y no le interesa el negocio.

—¡Oh! Vaya, mala suerte...

—Probaré mañana con Katia, también por la tarde.

—Espero que tengas más suerte, querido. ¿Te llamo por la mañana?

—No hace falta, ya que hasta la tarde no veré a Katia.

—De acuerdo. Salúdala de mi parte. Adiós, querido.

—Adiós, mi amor.

Colgó el teléfono y se tendió en la cama, refunfuñando.

«Apuesto a que es la rusa —se dijo—. ¡Seguro que es la rusa!»

Capítulo IV

KATIA Urulova estaba detenida delante de un escaparate de una tienda en los Campos Elíseos, profusamente iluminado. Así son las mujeres: terminan su trabajo relacionado con vestiditos, y se paran delante de otra tienda dedicada a lo mismo...

Notó la presencia de otra persona junto a ella, y la miró por el reflejo en el gran cristal del escaparate... ¡Qué tipazo de hombre! Se volvió a mirarlo en directo, a sus anchas, aprovechando la gran iluminación del escaparate.

—¡Hola! —sonrió el tipo guapo—. ¡Qué cosas tan bonitas hay aquí!, ¿verdad?

—Así es —asintió Katia, sonriendo—. ¡Si tuviese dinero las compraría todas! ¡Todas!

—Caramba... ¡Todas!

—Usted no es francés.

—Tampoco usted —sonrió de nuevo Kelly, a lo galán de cine.

—No —rió ella—. Soy rusa.

—Pues yo soy americano. Terrible, ¿verdad?

—¿Por qué? —se sorprendió la Urulova—. A mí, los americanos me gustan mucho.

—No me diga —se pasmó Kelly.

—Sí, sí... Y tengo una táctica especial para hacerles olvidar la guerra fría.

—¿Cuál táctica?

—Hago la guerra caliente. Quiero decir —sonrió— que procuro ser muy simpática con ellos.

—Eso merece un premio —exclamó Kelly—. ¿Qué le gustaría tener a usted de lo que ve en el escaparate? Tendría mucho gusto en obsequiárselo.

—¿De verdad lo haría? —abrió mucho los espléndidos ojos, la rusa—. ¿De verdad?

—Palabra de honor. Sólo señale, y se lleva el obsequio.

Katia Urulova volvió a sonreír, mirando la frente, la boca, los ojos de Sam Kelly. Luego, miró hacia el cristal, y apoyó un dedito en él, señalando.

—¿El chal? —preguntó Sam.

—No.

—¿El bolso?

—No, no...

—¿El camión?

—¡No! —rió la Urulova.

—Pues no caigo.

—Usted fíjese bien dónde está mi dedo.

Sam Kelly se fijó bien. El dedo podía señalar el chal, el bolso o el camión. Pero, precisamente, estaba apoyado en la zona del cristal donde se veía reflejado su propio rostro.

—Caramba —murmuró—. No me atrevo a decir lo que me parece que señala usted. Seguramente, me estoy equivocando.

—No —negó Katia—. No se equivoca.

* * *

—O sea —rió Katia—, que creíste que yo era una buscona a la caza de clientes que me regalasen algo.

—Pues... Bueno, no del todo. Francamente, todavía sé distinguir la clase en las personas, camarada. Pero... ¿qué perdía probando?

—Dilo tú.

—No he perdido nada. Y he ganado mucho. ¿Más champaña?

—Bueno.

Kelly sirvió de nuevo champaña en dos copas, y tendió una a Katia, mientras miraba alrededor. Era un apartamento de lo más coquetón y acogedor, nada menos que en el Boulevard Saint Germain. Como suele decirse, se había encontrado allí con la rusa sin darse cuenta de lo que pasaba.

Ahora, sentados ambos en el sofá, él impecable con su traje y corbata, y ella impresionante con su *deshabillé*, las cosas estaban rodando a toda velocidad. A velocidad de vértigo, porque de pronto, la Urulova dejó la copa, giró hacia él y le echó los brazos al cuello, comenzando a murmurar en ruso.

—Si quieres que te conteste —deslizó él las manos hacia la espalda femenina—, tendrás que hablarme en francés o en inglés, camarada. Tu idioma no lo entiendo.

—Estoy segura de que sí —susurró ella, acercando sus labios a los de Kelly.

—¡Ah...! Bueno, si pones las cosas de ese modo...

—¡Eres tan guapo...!

—¿Sam, querido? —sonó la voz de Annette.

—Buenos días, Annette —bostezó Kelly, tendido en la cama todavía.

—Te llamé anoche, tal como acordamos.

—Lo siento, estuve ocupado con Katia, ya sabes.

—¡Ah, sí! Bueno, te llamé también a las doce.

—Seguía ocupado.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea antes de que volviese a hablar Annette:

—Supongo que regresaste muy tarde.

—Hacia las siete de la mañana. Lo siento, pero como no tenía medios de comunicarme contigo...

—¡Oh, no importa, querido! ¿Cómo te fue con Katia?

—¡Espléndidamente!

—¿Quieres decir que se interesa por el negocio?

—¡Ah, no! No me refería a eso, no. Puedes tacharla también de la lista.

—Ya. Sí, entiendo. ¿Nos veremos hoy?

—Pues no... Tengo que buscar a Monique, y no sé el tiempo que me ocupará eso. Por cierto, no quisiera encontrar a Monique cerca de Katia, pues si ésta me ve quizá quiera intervenir. Así que he pensado hablar con Monique en cualquier otro sitio. ¿Se te ocurre alguno donde pueda encontrarla que no sea su domicilio?

—Monique va a cenar casi todas las noches a un restaurante de la Rué Bonaparte, llamado L'Etoile Noire... ¿No lo sabías?

—No. Pero lo sé ahora. ¿Va directamente allá cuando termina su trabajo?

—Por lo general, sí, aunque siempre se entretiene haciendo algo: compra alguna revista, café, zapatos... Esas pequeñas cosas que siempre tenemos pendientes las mujeres.

—Bien. Llámame a las diez esta noche, ¿quieres?

—Desde luego, mi amor. Adiós.

—Adiós, mi vida.

Kelly colgó, volvió a bostezar y se quedó mirando el techo. ¡Vaya si Katia Urulova hacía la guerra caliente, vaya! Estaba tan cansado que antes de volver a dormirse, apenas tuvo tiempo de pensar en el siguiente contacto, y en la distribución de las horas del día.

Pero lo hizo. Dormiría hasta mediodía, se daría un baño, saldría a almorzar por ahí, iría a un cine, daría un paseo, y, hacia las siete y media...

A las ocho menos cinco de la noche, Monique Arnaud entró en L'Etoile Noire, miró al jefe de camareros y le sonrió cuando el hombre, también sonriendo, señaló una de las mesas libres. La bella Monique, seguida por las miradas de todos los hombres, fue a sentarse a aquella mesa... Es decir, no todos los hombres la miraban.

Había uno, precisamente en la mesa de delante de la que ocupó Monique, que ni siquiera se había dado cuenta de la llegada de tan juvenil y despampanante criatura; el hombre estaba sentado, esperando la cena, con el periódico *France Soir* abierto ante él, de modo que desaparecía detrás. Sólo se le veían las manos, grandes y fuertes, velludas, nervudas.

Por supuesto, Monique no sintió el menor interés por él, e incluso lo olvidó en cuanto llegó el jefe de camareros, libreta de pedidos por delante. Monique pidió la cena, encendió un cigarrillo, y paseó la mirada por el local, sonriendo a algunos comensales que, como ella, eran clientes habituales del restaurante.

Y así, describiendo ese arco con la mirada, Monique llegó al tipo del periódico, que lo había doblado ya, y la estaba mirando con afable expresión admirativa.

Suele decirse que a la tercera va la vencida, y esta vez se cumplió el dicho: Monique Arnaud tuvo, de pronto, ante sus ojos, aquel rostro masculino, atractivo, simpático... y entonces, palideció bruscamente, intensamente, irguiéndose como si acabasen de pincharle en la espalda, mordiéndose los labios...

Frente a ella, Sam Kelly notó algo así como un mazazo en la boca del estómago, pero estaba más preparado que Monique Arnaud para aquella experiencia, así que no sólo permaneció con la misma sonrisita amable en los labios, sino que desvió la mirada con toda naturalidad, como si no se hubiese dado cuenta de la tremenda impresión que acababa de sufrir la muchacha.

Precisamente en aquel momento le servían el primer plato. Dio las gracias, lo probó, puso cara de grata sorpresa, y se dedicó a comer la *soupe a l'oignon*, pensando que así de sencilla es la vida: uno puede disfrutar comiendo sopa de cebolla.

Pero este pensamiento fue muy fugaz. Con mucha más insistencia, estaba pensando en la reacción de la muchacha, que, a juicio de él, no admitía ninguna duda: al primer vistazo, ella había creído ver a Gordon Monroe, y, desde luego, se había llevado un susto mayúsculo. Así, pues, ya no tenía que buscar más. El plan de Oscar, por raro y peregrino que a él le hubiese parecido, había dado resultado... Así de sencillo: la chica que estaba buscando la CIA era Monique Arnaud.

Alzó la mirada para mirar de nuevo a la muchacha. Ahora, Monique había recuperado el color en su rostro, y aparecía normal serena, como al llegar.

«Te has llevado un susto de campeonato —pensó Kelly—. Pero eso no es nada comparado con lo que te espera, guapa moza. En cuanto a mí, creo que lo mejor que puedo hacer es largarme de París, a disfrutar de diez mil dólares tan fácilmente ganados. Aunque... ¿y si hiciese algo más, para conseguir otros cinco mil?

La idea le pareció, por lo menos, digna de estudio. Pero, ¿qué podía hacer? Si Monique Arnaud era la mujer que había matado a dos hombres, la cosa no estaba nada simpática. Con Jeannine Colbert había vivido una irritante anécdota, con Katia Urulova había hecho lo posible por entibiar las relaciones ruso-americanas, y creía haber quedado muy bien. Pero, con una chica que es capaz de meter varias balas en el cuerpo de un hombre, la cosa cambiaba.

Cambiaba mucho...

Oyó la leve exclamación, y alzó vivamente la mirada hacia Monique Arnaud. La muchacha estaba con la cuchara en alto, y mirándose desolada hacia la falda de su vestido, baja la cabeza. El jefe de camareros iba ya hacia ella, con expresión servicial... ¿Qué ocurría? ¡Oh!, mademoiselle se había manchado el vestido... Bueno, no tenía importancia: con un poco de soda, quizá... ¿no? ¿Mademoiselle prefería quitarse la mancha en los lavabos? *Mais oui, naturellement...*!

El jefe de camareros precedió a Monique Arnaud hacia los servicios, mientras Kelly conseguía retener una sonrisilla.

«Te has puesto tan nerviosa como una parturienta a punto de dar a luz trillizos», pensó.

Era una idea divertida.

Muy divertida.

De segundo plato, Kelly había pedido *Lenguado Meunière*, que, por cierto, tenía muy buen aspecto. Lo estaba terminando cuando Monique regresó, sonriente, pero un poco sofocada, con una mancha muy amplia de agua allá donde le había caído la sopa. Dos hombres que cenaban juntos en una mesa le dijeron algo al pasar, y ella se detuvo, sonriendo, señalando la mancha, haciendo comentarios... Los tres rieron, y ella volvió a su mesa.

Los cinco mil dólares estaban dando vueltas en la cabeza de Samuel Kelly. Si los ganaba, reuniría quince mil. Es decir, lo que ganaba en un año, más o menos, pegándose tremendos porrazos en películas de indios y otras zarandajas por el estilo. Si disponía de dinero para vivir un año sin hacer de extra ni de doble, quizá pudiese encauzar su vida de otra manera. Pero una cosa era segura: estaba harto de ser doble. Así que, o encontraba el camino para triunfar, o dejaba aquella profesión.

Decidido.

Miró a Monique, que estaba a menos de tres metros de él, y sonrió.

—¿Ha podido limpiarse el vestido, señorita?

—¡Oh, sí! —sonrió ella—. Gracias, monsieur. ¡Qué torpe he sido!

—Eso le pasa a cualquiera. ¿Con qué diría usted que me manché yo una vez?

—¿Con qué?

—Con brillantina.

—¡Oh!

—Sí, sí. Me quise poner un poco, así que extendí la palma de la mano izquierda así, y apreté el tubo con la derecha. Pero no salía, así que apreté más. Nada, que no salía la maldita brillantina... De modo que apreté de verdad. Entonces salió casi todo el contenido del tubo como una bala, dio en mi mano, y me cayó en los pantalones! Me esperaba un amigo, y cuando me vio me preguntó qué me había pasado. Me pareció tonto decirle que me había manchado con brillantina, así que... ¿qué diría usted que le dije?

—No sé —sonrió de nuevo Monique Arnaud.

—Pues le dije que me había manchado con la salsa de la langosta a la americana... Eran las siete de la mañana.

Monique lanzó una carcajada, y Kelly estiró su bocaza de oreja a oreja.

—¿Qué me recomienda de postre? —preguntó.

—¿Yo?

—Me ha parecido que es usted muy asidua aquí, de modo que debe conocer bien las comidas y postres de la casa.

—¡Oh, pues...! Sí. Bueno, la verdad es que yo siempre como fruta, pues los demás postres engordan, lujo que, por mi trabajo, no puedo permitirme.

—Yo soy actor de cine —dijo Kelly con toda desfachatez—. ¿Usted también?

—No, no...

—Pues debería serlo. Si se decide, dígame en qué cine hacen su película. ¡No me la perdería, palabra!

—Si me decidiese, se lo diría, monsieur —volvió a reír la bella modelo—. Aunque no sé cómo. Quiero decir que no sabría cómo avisarle.

—Me he propuesto venir a cenar aquí cada noche, así que nos iremos viendo... ¿Qué le parece si nos comemos mano a mano unas cuantas manzanas?

—Pues...

Kelly abandonó su mesa, y se plantó delante de la de Monique.

—Me llamo Samuel, soy un tonto americano solo en París, y estoy que rabio por hacer amigos. No desaproveche la ocasión de ser la primera amistad de Sam Kelly en París, mademoiselle.

Monique volvió a reír, vaciló, y acabó asintiendo.

—Puede sentarse, señor Kelly.

—Gracias —Sam acercó una silla, la colocó frente a Monique, y se sentó, la mesa entre ambos—. A veces deseo tan ardientemente resultar simpático, que me paso. Quiero decir que espero no estar molestándola.

—Claro que no —aseguró ella—. Desde luego, se nota que es usted americano.

—¿Por lo tonto?

—¡No! —lanzó otra carcajada, Monique—. Hace tiempo que vengo aquí, y aunque todos los hombres me miran y se insinúan más o menos claramente, ninguno ha sido tan...natural, por decirlo así.

—¿Quiere decir... caradura?

—Pues... un poco. ¿No le parece?

—Me temo que tiene razón, señorita...

—Monique Arnaud.

—Monique. ¡Qué nombre tan bonito! Francamente, me gusta más que Molly.

—¿Quién es Molly?

Sam Kelly estaba atónito.

—¿Molly? He dicho Molly, ¿verdad?

—Sí.

—Seguramente quería decir Norah.

—¿Y quién es Norah?

—Norah Anderson, la actriz de cine. ¡No me diga que no ha visto ninguna película de ella!

—¿Conoce usted personalmente a Norah Anderson?

—¡Ajá!

—¡Oh, es estupendo! ¿Cómo es ella?

—¿Molly?

—No, no —rió una vez más Monique—. ¡Norah!

—¡Ah, Norah...! Pues es...

Eran más de las nueve y media cuando Sam Kelly y Monique Arnaud salieron del L'Etoile Noire, riendo, muchacha orientó sus pasos hacia arriba, hacia el Boulevard Saint Germain, y Sam caminó junto a ella, con toda naturalidad. En el cruce con Saint Germain había una placita, con bancos, y algunos árboles, y una estatua a un lado.

—Qué hermosa noche —dijo Monique—. Dan ganas de sentarse en uno de esos bancos.

—¿Y por qué no lo hacemos? —se sorprendió Kelly.

—Es verdad: ¿por qué no? ¡Oh!, pero quizá usted tiene prisa, señor Kelly...

—En absoluto: tengo toda la noche... libre.

La vacilación fue debida a que, como un relámpago, cruzó por su mente el recuerdo de que, a las diez, Annette le llamaría al hotel, y ciertamente, si continuaba junto a Monique, no estaría para recibir la llamada. Pero, con este recuerdo, vino otro: Annette le había llamado también a las doce la noche anterior. Muy bien, que volviese a llamar hoy también a las doce.

Se sentaron en un banco, y Kelly ofreció un cigarrillo a Monique, que aceptó... Se lo estaba encendiendo cuando el coche se detuvo junto al bordillo, muy cerca de ellos, y dos hombres se apearon rápidamente. Sam apagó el encendedor, y se quedó mirando a los dos hombres, que caminaban resueltamente hacia ellos. Todavía otro recuerdo cruzó por su mente: una semana antes, en Beverly Hills, tres hombres también se habían apeado de un coche, y...

—Será mejor que se lo tome con calma —susurró Monique—, Si les obliga a disparar, ellos no tendrán el menor inconveniente en hacerlo, se lo aseguro.

—¿Qué...? ¿De qué habla, qué dice...?

—Déjese de tonterías. Simplemente, vamos al coche. Y debo advertirle que hay dos hombres más en la plaza, por si usted lleva protección. Aunque parece que no, pues de otro modo las cosas no sucederían tan... amablemente.

—Pero, Monique...

Los dos hombres estaban ante ellos, con la mano derecha metida en el bolsillo de ese lado de la chaqueta. Monique se puso en pie.

—¿Viene o prefiere morir aquí, señor Kelly?

Así es la vida: ahora, el que estaba pálido era Sam Kelly. ¡Y todo por cinco mil cochinos dólares! En este caso, la avaricia no había roto el saco, pero podía costar una vida. Una buena lección a recordar... si llegaba a tener oportunidad de ello.

Se puso en pie, y se dirigió hacia el coche. Al volante había otro hombre, junto al cual se sentó Monique. Detrás, lo hicieron Kelly y los dos que habían salido a buscarlo, él en medio.

—Si es de la CIA, no lo entiendo —dijo uno de los hombres—. La zona está limpia, Monique.

—¡El propio señor Kelly nos dirá quién es y cuál es su juego!

—Pero... ¿qué juego? —exclamó Kelly.

El coche se puso en marcha, en dirección a la Rué Saint Dominique, y, por un momento, Kelly pensó que todo era una preciosísima broma, y que le iban a llevar a su hotel. Pero todo lo que hizo el coche fue maniobrar, para dar la vuelta, en dirección a Saint Michel, como estaba

ordenado el tráfico.

—¿Adónde vamos? —musitó Kelly.

—A visitar su tumba —dijo Monique, volviéndose.

Capítulo V

SEGÚN el último indicador que había visto en la carretera a la luz de los faros del coche, su tumba debía llamarse Mantes-la-Jolie, porque el coche dejó la carretera principal para desviarse hacia la localidad de este nombre. Una palabra que, por muy Jolie que fuese, a él no le hacía ninguna gracia¹.

No llegaron a entrar en Mantes-la Jolie. El coche se desvió todavía otra vez, por un camino de tierra, aunque amplio, y sólo un minuto más tarde veían las luces de la casa. Según los cálculos de Kelly, habían viajado unas cuarenta millas, con lo que, naturalmente, París había quedado muy atrás.

Ahora estaban como penetrando en la oscuridad, perforándola, en dirección a aquellas luces que veían delante, como si fuesen la salida de un largo túnel. A la derecha, y atrás, se veía un leve resplandor, que Kelly dedujo debía ser el pueblo llamado Jolie.

Finalmente, el coche se detuvo delante de la casa cuyas luces lo habían guiado.

—Salga —dijo Monique, apeándose también.

Ya fuera del coche, Sam Kelly pudo distinguir el contorno de la casa, que tenía torres, como si fuese un castillo. O quizá, en efecto, era un gran mausoleo, donde pensaban enterrarlo.

—Camine hacia la casa.

Y si lo enterraban allí, nadie volvería a saber nada de él. ¡Adiós, Sam Kelly!; ¿dónde demonios te has metido, muchacho? Se acabó... Ya no volvería a hacer el indio tirándose de un caballo en pleno galope, ni atravesar barreras de llamas, ni a confeccionar fabulosas peleas que se le atribuirían, por ejemplo, a Steve Holliman y a otros actores con más suerte que él, sobre todo porque no recibían las bofetadas. ¡Adiós a todos, amigos! ¡Adiós, Molly, ya no volveré a darte palmadas, vieja Molly...!

En general, Sam Kelly no era de los que se engañaban a sí mismos, de modo que ya había admitido con toda lucidez que tenía un miedo terrible. Y dudaba mucho que se le ocurriese alguna «gracia» con la que salir del apuro.

¿Y de quién era la culpa? En parte, de él, por haberse dejado dominar por la codicia. Pero, en su mayor parte, era de Oscar y de

Annette. Si Annette le hubiese facilitado un número de teléfono, él podría haberla avisado desde L'Etoile Noire... lo cual debía ser lo que había hecho Monique Arnaud, que por supuesto, era mucho más lista que él. O, al menos, más veterana.

Simplemente, Monique se había manchado el vestido a propósito, con el fin de ir hacia los servicios, en cuyo pasillo, había un teléfono que ella, por supuesto, había utilizado, después de limpiarse la mancha, para avisar a sus amigos...

Sí, señor, él era un idiota, y Monique una veterana. Sería absurdo negarlo.

Un hombre abrió la puerta de la casa, y se apartó. Monique delante, Sam detrás, y los otros dos hombres detrás de Sam, cruzaron el vestíbulo del pequeño castillo de techo altísimo, a cuya derecha había una escalinata de piedra que Sam Kelly conocía perfectamente. Es decir, era muy parecida a aquellas en las que él, haciendo de «malo» o doblando a algún «astro», había desarrollado peleas a espadas, a mandoblazo limpio. O sea, que estaba viendo mundo ahora que lo iban a echar de él, con unas cuantas balas... en la espalda, seguramente.

Entraron en un salón enorme, también de techo muy alto. Delante de la puerta, en la pared del fondo, habían más libros de los que Kelly había visto en toda su vida.

A la derecha, unos sillones enormes, de piel oscura, y un sofá aún más enorme, increíble. En el rincón había una lámpara de pie, con pantalla de pergamino. Tres sillones estaban encarados hacia esa pantalla, y por tanto, con el respaldo vuelto hacia Kelly.

El cuál iba pensando que ahora conocería al jorobado Quasimodo, o un personaje igualmente espeluznante de aspecto... ¿Qué otra cosa se podía encontrar en aquel castillo lúgubre y silencioso, sino monstruos y brujas?

Pues no.

Allí no habían ni monstruos ni brujas. Dos de los sillones estaban ocupados por hombres normales y corrientes, incluso atractivos. El tercer sillón lo ocupaba una mujer. Una mujer que habría hecho lanzar un silbido a Kelly si no hubiese tenido la boca seca, y, desde luego, escasísimo humor para bromas. Una rubia excepcional, bellísima, de ojos verdosos (o así lo parecían) y boca roja y llena. Llevaba un vestido de noche elegantísimo. Era algo así como una Molly Downs, pero en más. En mucho más por todas partes. Incluso en edad. Seguramente, tenía no menos de treinta y cinco años. Pero a esa edad, la desconocida podía soportar, impertérrita, la escrutadora mirada de un jurado de concurso de belleza.

Sí, pensó Kelly, una Molly «en más», pero... le gustaba más Molly. Quizá porque Molly tenía cara de chica normal, y esta mujer parecía...

¿Una estatua? ¿O quizá era que veía en sus ojos verdosos una luz de perversidad? ¿O quizá su piel era demasiado blanca, en lugar de estar doradita por el sol, como la de Molly?

—¿Es éste? —preguntó la mujer.

—Sí, Simone —se adelantó Monique, colocándose junto a Sam Kelly, que era observado por la rubia y los dos hombres—. Cuando lo vi en el restaurante me llevé un susto de muerte.

La fabulosa rubia estuvo unos segundos mirando a Kelly de tal modo, que éste se consideró poco menos que un simio de color verde metido en una jaula; así de extraordinario.

—¿Tanto se parece al agente americano del Bois? —musitó.

—Hubiese jurado que era él mismo. Fue un momento nada más, pero creí que era él. Este dice llamarse Sam Kelly. Americano, desde luego.

La rubia movió la cabeza, perpleja.

—No comprendo muy bien a los americanos —murmuró—. Es decir, a los de la CIA. Porque usted, señor Kelly, es de la CIA, ¿verdad?

—No —negó Sam, con voz ronca—. ¡Lo juro!

—Jura usted con mucho entusiasmo. ¿Alguna vez oyó hablar de un hombre llamado Gordon Monroe?

—No... No.

—¿Y de otro hombre, llamado Renzo Bulgati?

—Tampoco... No. Ese es italiano, ¿no?

—Sí, era italiano. Dígame, señor Kelly: ¿cuándo llegó usted a París?

—Hace unas cincuenta y dos horas.

—¿Procedente de...?

—Los Angeles, Estados Unidos. Trabajo allí, en el cine.

—Interesante. ¿Cuál es el motivo de su estancia en París?

—Turismo. Divertirme, ¿comprende?

—Sí, claro. ¿Ha venido solo?

—Sí.

—¿Conoce a alguien en París? ¿O en Francia?

—No. Escuche, quisiera saber...

—Todos quisiéramos saber, señor Kelly. En estos momentos, para mí es más urgente y necesario que para usted, así que le ruego que atienda a mis preguntas. ¿Está de acuerdo?

—Sí, sí... Además, no tengo otro remedio, supongo.

—En efecto. Veamos, señor Kelly... Vamos a ponernos todos en una actitud razonable. ¿Le parece a usted que nosotros debemos creer lo que usted dice? ¿Le parece que debemos creer que usted estaba esta noche en el L'Etoile Noire por casualidad?

—No puedo dar otra explicación. Estaba solo en París, me fui a dar una vuelta por la plaza Saint Sulpice, por Saint Germain... Vi que en la

Rué Napoleón habían bastantes restaurantes, y entré en el que más me agradó. La verdad es que ni siquiera me fijé en el nombre.

—¿Así de sencillo?

—Pues sí... Oiga, tengo que pedirle un favor.

—¿Un favor, señor Kelly? Concedido, naturalmente. Diga.

—¿Puedo ir a orinar?

La sensacional Simone se quedó estupefacta un par de segundos. Luego, se echó a reír con formidables y simpatiquísimas carcajadas. Todavía no las había agotado cuando, entre una y otra, consiguió decir:

—¡Es usted el espía más sensacional de todos los tiempos, señor Kelly! ¡Formidable, de veras!

—No —negó Kelly—. Es que tengo tanto miedo por lo que voy comprendiendo que no puedo aguantar más. ¡Si no orino, reviento!

—Francamente, no quisiera que me manchase usted la biblioteca, señor Kelly, así que dos de mis amigos lo van a llevar al sitio adecuado. Le espero aquí, para proseguir la charla.

—Muchas gracias, bella Simone.

De nuevo rió la rubia, haciendo una seña. Los dos tipos que habían metido en el coche a Sam, en París, le estaban mirando, y uno de ellos le hizo una seña. Kelly se fue con ellos, muy digno. La idea (aparte de que lo del miedo y demás, era verdad) era intentar aprovechar cualquier pequeña oportunidad para romper un par de caras y largarse de aquel castillo, pero estaba en franca desventaja. Mientras que él era un doble de un espía, los dos hombres que le acompañaban eran genuinos espías, o cuando menos, auténticos aventureros acostumbrados a las pistolas. No le perdieron de vista, ni siquiera cuando entró en el inodoro.

Así que cinco minutos más tarde, tras la sensata determinación de no hacerse matar en el W.C., Sam Kelly, volvía a estar delante de la rubia de los ojos verdosos.

—¿Se encuentra mejor, señor Kelly?

—He orinado muy a gusto, gracias.

—Bueno —sonrió deliciosamente la rubia—. Mientras usted cumplía esa necesidad fisiológica, yo me he dedicado a pensar. Como soy una persona sociable, voy a exponerle los pensamientos que han estado circulando por mi cabecita. ¿Atento?

—Desde luego que sí, bella jamona.

—En cierto modo —sonrió de nuevo la rubia—, envidio un poco a Monique: debe haberlo pasado muy bien con usted. Aunque, claro, si estaba preocupada, la diversión habrá sido menos. Bien, señor Kelly, esto es lo que yo he pensado: como quiera que sea, la CIA ha conseguido el perfume de Monique...

—¿El qué?

—¡Oh, perdón! Quiero decir que ha olfateado a Monique; que la ha

puesto en cuarentena, ¿comprende?

—No.

—Que la CIA ha llegado a sospechar de Monique.

—¡Ah, sí! Bueno, no tengo nada que ver con la CIA, pero ahora sí entiendo, me parece.

—Muy bien. La CIA, como decía, ha conseguido el perfume de Monique. Pero de un modo... incierto. No soy tan clarividente que pueda adivinarlo todo, pero sí deduzco que han querido poner a prueba a Monique. El agente Gordon Monroe fue muerto por ella, pero quizá no tan rápidamente como habría convenido, y pudo decir algo... Yo me inclino a creer que Monroe, de la CIA, estaba vigilando a Renzo Bulgati, y que vio a éste encontrarse con Monique, posiblemente cuando ella salió hace días de Jacques. Luego, sabemos con toda certeza que Monroe siguió a Monique y a Bulgati, y cometió la imprudencia de acercarse a pie a ellos, en el Bois de Boulogne. Allí Monique se dio cuenta, se separó de Bulgati, rodeó a Monroe, y le disparó. Monroe salió corriendo, se metió en su coche y escapó. Monique aseguró que no podía ir muy lejos, y, puesto que al día siguiente nada sucedió, creímos que así había sido. Esto son hechos, señor Kelly. Ahora, doce días más tarde, aparece usted, y... coincide con Monique en el restaurante. Según Monique, es usted muy parecido a Gordon Monroe, el agente de la CIA. ¿Va comprendiendo?

—No.

—¡Sí, hombre! La CIA consiguió saber, supongo que por medio de Monroe antes de que éste falleciese, que

Bulgati había estado en contacto con alguien empleado en Jacques. La pregunta era: ¿quién? Entonces, buscan a otro agente, muy parecido a Monroe, y lo colocan delante de Monique, por sorpresa. Y como Monique se lleva el gran susto, la conclusión está muy clara: ella fue la persona empleada en Jacques que estuvo en contacto con Bulgati cuando éste se hallaba sometido a vigilancia. Incluso es de suponer, antes habrá hecho usted la prueba con otras empleadas de Jacques. ¿Me comprende ahora?

Sam Kelly notaba una especie de calambres en las rodillas, que se extendían piernas arriba y piernas abajo. Estaba sencillamente aterrado.

—La verdad es que no mucho —se sorprendió a sí mismo con esta respuesta.

A sus palabras siguió uno de esos silencios de los llamados de muerte.

Por fin, uno de los hombres que estaban sentados formando jurado con la rubia Simone musitó, sosegadamente:

—Simone, ¿para qué perder el tiempo? Que lo lleven a Deauville, al pesquero *Calais*, y que los muchachos le den una vuelta mar adentro.

Asunto terminado. Seguro que a éste no lo encuentran nunca jamás.

—No, Raoul —negó la esplendorosa Simone—. No es tan fácil, querido. Si el señor Kelly desaparece, y tal como tememos, estaba dedicado a Monique, la CIA efectuará una... aproximación más bien agresiva hacia Monique... No. Esta vez, puesto que podemos, vamos a hacer las cosas bien. Pero no podemos hacerlas si el señor Kelly no colabora. ¿Usted no quiere colaborar, señor Kelly?

—¿Se trata de alguna obra de caridad? —se sorprendió de nuevo Sam a sí mismo con la estúpida respuesta.

—Sí: ahorrarle a usted un mal rato. ¿Ha oído hablar de la Gestapo alemana?

—He leído cosas sobre ella.

—Pues algunas de esas cosas le van a suceder a usted si no se muestra comunicativo, ahora mismo. En resumen, señor Kelly: le vamos a torturar de tal modo, que quedará usted convertido en un guiñapo... y, claro, al final, de todos modos, nos dirá lo que queremos saber, ya que tenemos intención de no arrancarle la lengua. Pero sí le arrancaremos otras cosas.

Sam Kelly quiso preguntar: «¿Qué cosas?», pero de su boca sólo brotó algo parecido a un maullido, mientras se estremecía y notaba las manos y el rostro tan fríos como si estuviese metido en una cámara frigorífica.

—¿No contesta, señor Kelly?

Kelly emitió otro maullido. La rubia asintió, displicente, y se dedicó a encender un cigarrillo, tras mirar al llamado Raoul, que se puso en pie, mirando al otro.

—Ayúdame, Pierre —dijo el tal Raoul.

—Con mucho gusto —sonrió éste, como si se tratase de preparar un cóctel.

Sam Kelly dio media vuelta, y salió disparado por entre los sillones, hacia la puerta de la biblioteca. Pero uno de los hombres que le habían cazado en París extendió un pie, con ánimo de hacerle la zancadilla. Kelly fue listísimo: esquivó aquel pie, desviándose hacia el otro sujeto... y recibió en plena frente el trastazo que el otro le propinó con la pistola.

Fue como si hubiese chocado contra una pared: rebotó, alzando las piernas, y cayó de espaldas. Así estaba, cuando recibió el puntapié en el hígado. Un auténtico puntapié en el hígado, no como en las películas en que hacía de «malo». Así que Sam supo lo que era recibir un golpe así. Su boca se crispó, sus ojos se desorbitaron, su cuerpo se encogió, se retorció, mientras un frío intensísimo lo recorría como si fuese hielo mezclado con su sangre.

El segundo puntapié, en el mismo sitio, dejó a Samuel Kelly como muerto.

Capítulo VI

PERO no estaba muerto.

A menos que todos aquellos personajes hubiesen muerto también, y estuviesen emprendiendo el mismo viaje en su compañía.

—Parece que se ha recuperado, señor Kelly —oyó la voz de Simone—. Así, pues, vamos a empezar la sesión. ¿Está de acuerdo?

Volvió la cabeza, y vio a Simone de pie ante él, parecía que su cabeza fuese a tocar el altísimo techo, pero era una ilusión óptica, debido a que él se hallaba tendido en el suelo, en el centro del semicírculo formado por los tres sillones. Había otro semicírculo mucho más inquietante, formado por Raoul, Pierre, y los otros dos sujetos.

—Es usted un estúpido —dijo secamente Simone—. Sujetadlo bien.

Fue muy sencillo. En primer lugar, porque se sentía incapaz de mover un solo músculo. En segundo lugar, porque los cuatro hombres se sentaron... repartándose entre sus rodillas y sus brazos, clavándolo contra el suelo.

Simone se sentó más confortablemente sobre el vientre de Sam Kelly, con un gesto gracioso y elegante, mostrando unas piernas que para sí hubiera querido Norah Anderson. Simone dio una chupada a su cigarrillo, y dijo:

—Es usted un guapo muchacho, señor Kelly. Y yo soy admiradora de la estética, en todas sus manifestaciones. Así que, de momento, vamos a respetarle los ojos. Sólo de momento.

Sin inmutarse, aprovechó la brasa del cigarrillo para iniciar el juego. Sam Kelly lanzó un berrido cuando la brasa se incrustó en su mejilla, justo bajo la oreja izquierda. Se oyó un chisporroteo, apareció un humo oscuro, y quedó flotando el olor a carne quemada, que casi mareó a Kelly. El cual, desorbitados los ojos, apretados los labios, se quedaron mirando fijamente el techo, mientras gruesas gotas de sudor aparecían en su frente.

—¿No,...? —se sorprendió Simone—. Bueno, como quiera.

Esta vez la brasa del cigarrillo se hundió en la barbilla de Sam Kelly, que consiguió no gritar. Lo que sí hizo fue contorsionarse, en vano intento de desprenderse de aquella presa. Pero cuatro personas sujetando sus miembros, y una persona sentada sobre su vientre, eran demasiado, por muchos músculos que él tuviese. El sudor estalló en todo

su rostro, como un torrente súbito.

—Hazle algo tú, Pierre —dijo Simone.

Pierre, sentado sobre el brazo izquierdo de Kelly, asintió tranquilamente. Con su mano izquierda, asió la izquierda de Kelly, y, con la derecha, el dedo meñique del americano.

¡Crack!, crujió el dedo, al ser roto.

Sam Kelly lanzó un grito, entre dientes, temblando violentamente; ya no era sudor lo que empapaba su cuerpo. Era como si estuviese tomando un baño.

¡Crack!, crujió el dedo anular de Sam Kelly, que sacudió el cuerpo como si acabase de recibir una descarga eléctrica. La cabeza comenzaba a darle vueltas, tenía frío, no podía respirar bien...

«En el nombre de Dios —se encontró pensando, angustiado—. ¿Qué estoy ganando con todo esto? Conseguirán que les diga todo lo que quieren saber, lo van a conseguir, yo no soy un héroe de hierro, ni nada parecido... ¿Estoy loco?»

¡Crack!, crujió el dedo corazón de su mano izquierda.

—Lo diré —jadeó Kelly—. Lo diré, lo diré...

—¿Qué dice, señor Kelly? —se interesó amablemente Simone.

—¡Lo diré todo! —chilló—. ¡Todo! ¡Lo juro!

La presión de su vientre desapareció. El mundo comenzó a dar vueltas... No. Era que lo habían puesto en pie. De pronto, se encontró sentado en uno de los sillones. Como a través de una niebla, vio a Monique Arnaud, de pie, detrás de otro de los sillones, mirándole fijamente. Se pasó la manga derecha por la frente, enjugándose parcialmente el sudor, que se deslizaba también por su cuello y su pecho... Luego, estupefacto, se quedó mirando su mano izquierda, que descansaba sobre el muslo. Al ver cómo habían quedado los dedos, al contemplar aquella extraña garra, todo su cuerpo se estremeció. Las náuseas lo invadieron con tal fuerza, que no pudo evitar nada: se inclinó hacia la derecha y comenzó a vomitar.

Fue el minuto más terrible de la vida de Samuel Kelly.

Cuando terminó tenía los ojos llenos de lágrimas, y estaba seguro de que su cuerpo, en especial su cara, eran de puro hielo. Se pasó la mano derecha por los ojos, retirando las lágrimas. Así que, de nuevo, volvió a ver a aquellas personas. La más adelantada era Simone, que le contemplaba inexpresivamente.

—Hubiese podido ahorrarse este mal rato, señor Kelly. ¿De verdad no sabía lo que iba a ocurrirle?

Sam movió negativamente la cabeza.

—¿No? Pero usted es de la CIA, ¿verdad?

—No...

—Vamos, señor Kelly... ¿Quiere que volvamos a empezar?

—¡No! Le juro que es cierto, no soy de la CIA... Sólo... sólo soy un comparsa, un extra... Como siempre... Un extra, un doble, un Don Nadie... Sí, como siempre.

—¿Puedo confiar en que va a explicarme algo que tenga sentido, señor Kelly?

—Sí,... Sí. Le voy a decir toda la verdad. Luego, todo lo que me hagan será inútil, porque no sé nada más que lo que voy a decirle. Una noche, cuando caminaba por Beverly Hills...

La explicación duró unos siete minutos, cada vez más clara, cada vez más nítida, cada vez más firme, la voz de Sam Kelly. Cuando terminó de hablar, Simone ofreció:

—¿Quiere algo? ¿Un cigarrillo, whisky...?

—Si es posible, las dos cosas.

Raoul se encargó del whisky, y Pierre le ofreció un cigarrillo, que Sam tomó con mano temblorosa. Simone, que le observaba atentamente, dijo, de pronto:

—Según su explicación, con Jeannine Colbert se llevó un chasco, y con Katia Urulova pasó una linda noche. Eso quiere decir que las dos han sido descartadas por la CIA, y que ésta sabe que hoy le tocaba «trabajar» a Monique.

—Sí.

—Y puesto que ya no es posible que ni a las diez ni a las doce reciba usted la llamada de Annette, el próximo contacto será mañana por la mañana, a las diez.

—Sí.

—¿Así de sencilla era su labor, señor Kelly? ¿No llevaba respaldo alguno, ni sabe adónde puede llamar usted, ni le facilitaron armas, ni radio...? ¿Nada?

—Le he dicho todo lo que sé.

—O sea, que usted no supo salirse a tiempo del tinglado, porque quería otros cinco mil dólares.

—Soy un cretino, ¿verdad? —gruñó Sam.

—Yo creo que sí —sonrió Simone.

Se apartó de él, haciendo una seña a Monique Arnaud. Estuvieron hablando tres o cuatro minutos. Monique se limitaba a asentir, cada vez con más entusiasmo. Luego, Simone llamó a los cuatro hombres, que también escucharon sus palabras con creciente aprobación, y sin perder de vista a Kelly, que fumaba y bebía, alternando en su mano derecha el cigarrillo y el vaso de whisky. De vez en cuando miraba la izquierda y se estremecía.

Pero, a medida que Sam Kelly iba mirando en lo que había quedado convertida su mano izquierda, e iba notando con más intensidad las quemaduras de la mejilla y la barbilla, y notaba aquella punzada

profunda en el hígado cuando aspiraba con fuerza, los estremecimientos se iban debilitando, hasta desaparecer por completo. Fueron sustituidos por una especie de ahogo, como si tuviese un tapón en la garganta. Un ahogo que parecía ir acumulando la cólera en su cabeza, como si fuese humo que la fuese hinchando, hinchando, hinchando... Bajó la cabeza y cerró los ojos, porque tenía el presentimiento de que si veían su expresión de aquel momento, lo matarían en el acto.

Y sería mejor para ellos que lo matasen, porque si no...

—Bien, señor Kelly —se sobresaltó al oír la voz de Simone—, ya hemos tomado una resolución: va a volver usted a París.

—¿A París? —la miró incrédulamente Sam.

—Sí. Las mismas personas harán el mismo viaje, a la inversa. Si usted provoca dificultades, volverán a traerlo aquí, y lo haremos pedacitos. Si se comporta sensatamente, tendrá una muerte dulce y rápida.

—¿Van a matarme de todos modos? —respingó Sam.

—Es inevitable, señor Kelly. Este juego termina muchas veces así. ¿No lo sabía usted?

—No... No lo sé.

—Debió usted hacer caso de las instrucciones de Oscar, y desaparecer en cuanto supo que Monique era la chica que buscaban. Cuando un profesional como Oscar da esas instrucciones, no lo hace por capricho. ¡Adiós, señor Kelly!

Sam tragó saliva y miró al grupo que le estaba esperando. Luego, volvió a bajar la mirada y se puso en pie. Apagó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita, se terminó el whisky, y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca.

Tan sólo un minuto más tarde, emprendía el regreso a París. Volvió a ver el indicador de Mantes-la Jolie, iluminado por los faros del coche. Poco después llegaban a la carretera principal.

En la mente de Samuel Kelly parecían resonar, cada vez con más fuerza, las palabras de cierto sujeto llamado Oscar:

«Si usted no fuese un tipo de agallas, señor Kelly, no le habríamos contratado. Por eso le hemos probado: para saber si, llegado el caso, sabría afrontar una situación difícil.»

Seguramente, no habían sido exactamente estas palabras, pero eso no importaba, porque expresaban lo que bien claramente había querido decir Oscar.

¿Y qué había hecho él?

Nada.

Absolutamente nada. Se había acobardado como una vieja, eso sí.

«Con seguridad —pensó— que la vieja Molly habría tenido más agallas que yo. Es de idiota y cobarde venir a morir a París, sin hacer

nada por salir del apuro.

Capítulo VII

—**A**QUÍ es —dijo Monique, que iba mirando hacia las casas ante las cuales pasaba lentamente el coche—. Sigue adelante y para en la esquina, Robert.

El hombre que conducía asintió, y siguió conduciendo lentamente hacia la próxima esquina. Al doblarla, Sam pudo ver el cartel que indicaba el nombre de la calle: Rué de Rambuteau, La revelación fue súbita, y miró vivamente a Monique.

—En esta calle vive Rose Marie Armagnac —murmuró.

—Así es. Exactamente en el número 229, señor Kelly. Tiene un bonito apartamento... He estado un par de veces ahí arriba.

—Pero... ¿qué tiene que ver esa chica con todo esto?

—Deje de preocuparse, señor Kelly. A fin de cuentas, ya nadie podrá pedirle explicaciones por nada.

—Pero...

—¿Está bien aquí? —dijo el tal Robert, deteniendo el coche.

—Sí, sí. Esperadme aquí; voy a buscar un teléfono para llamar a Rose Marie.

Monique se apeó del coche, y se alejó. Sam Kelly estaba paralizado de espanto, porque estaba comprendiendo con toda claridad cuán poca importancia tenía la vida para aquellas personas. Allí, en el 229 de la Rué de Rambuteau, vivía efectivamente Rose Marie Armagnac, o sea, la última de las cuatro modelos empleadas en Jacques, y que él había colocado en último lugar para «trabajarla». Lo que tan súbitamente había intuido, se fue aclarando en su mente mientras esperaban el regreso de Monique... O él estaba loco, o estaban tramando algo en lo que harían intervenir a Rose Marie Armagnac, la cual era tan inocente en aquel asunto como habían demostrado serlo Katia Urulova y Jeannine Colbert.

Pero a Rose Marie Armagnac la iban a mezclar en el asunto. ¿De qué modo? ¿Qué habían pensado... qué había tramado Simone, la rubia de los ojos verdosos?

Sí. Fue igual que si en su cerebro fuese amaneciendo... haciéndose lentamente la luz... hasta que la jugada apareció con toda su estremecedora claridad: iban a matar a Rose Marie Armagnac, en su propio apartamento, y dejarían allí también su cadáver, el cuerpo de un

hombre llamado Samuel Kelly. La CIÁ se enteraría muy pronto de este crimen, quizá disfrazado para la policía con visos pasionales, y llegaría a una conclusión: aquella noche, Sam Kelly no había «trabajado» a Monique Arnaud, como había notificado a Annette, sino que finalmente, había optado por Rose Marie Armagnac. Había ido con ésta a su apartamento, y allá, la muchacha había sospechado algo y le había matado a él, que, de un modo u otro, se las había arreglado para matarla también a ella.

Solución final: Rose Marie Armagnac era la modelo de Jacques que había disparado contra Gordon Monroe, y luego contra Renzo Bulgati; Kelly la había descubierto, había sabido que había sido ella, había querido llevar su labor demasiado lejos, y... había per— ido. De un modo u otro, la CIA quedaría completamente descolgada de aquel asunto. Fin.

Y todo, gracias a un puerco cobarde llamado Samuel Kelly.

Movió lentamente la mano derecha, para pasarla por la frente, que de nuevo estaba empapada de sudor...

—¿Qué le pasa? —preguntó Crazy, sentado a su derecha.

—No me encuentro bien...

—¿A qué vomita en el coche? —masculló el otro, llamado Werner.

Eso fue todo. Sam acabó de limpiarse el sudor, y luego la mano, en el pantalón. La izquierda la tenía en el regazo. Ahora le parecía que era de madera... mientras no la movía, pero, en cuanto la movía, o el coche rebotaba blandamente, un millón de pinchazos subían desde la mano hacia el hombro, para repartirse luego por todo el cuerpo. ¡Y cómo se estaba hinchando...!

Vio moverse algo fuera del coche, y enseguida distinguió a Monique, que entró y se volvió hacia Werner y Crazy, desde su asiento junto a Robert.

—Estaba durmiendo, pero me va a recibir. Bajaré enseguida a abrirme la puerta de la calle. La dejaré abierta, diciéndole que sólo estaré con ella unos minutos, y que no vale la pena que cierre, para evitarse volver a bajar... Vosotros subid dentro de tres minutos, no antes.

—Está bien.

Monique volvió a salir del coche, y regresó hacia el 229 de la Rué Rambuteau, doblando la esquina. Kelly apartó cuidadosamente la manga de la chaqueta para ver la hora en su reloj de pulsera. La una y cuarto de la madrugada. Calles vacías en aquella parte de la ciudad. Silencio, quietud... la muerte en marcha. Una enorme gota de sudor se deslizó por su sien derecha y penetró en el ojo. Parpadeó, y acabó frotándose el ojo.

¿Qué estaba sucediendo entre Monique Arnaud y Rose Marie

Armagnac? Seguramente, ésta se hallaba en aquel momento muy sorprendida, atendiendo las mentiras que Monique se estaría inventando para distraerla y justificar su intempestiva visita mientras esperaba que Werner y Crazy subiesen al apartamento, con él...

—Ya han pasado tres minutos —advirtió Robert.

—Vamos allá —asintió Werner—. Salga, Kelly.

Sam salió del coche. Se sorprendió de que no le temblasen las piernas, pero así fue. Caminó con firmeza hacia la Rué Rambuteau, doblaron la esquina, y se fueron acercando al número 229. Werner y Crazy iban uno a cada lado, y un poco detrás, con las manos en el bolsillo derecho de la chaqueta. Otra gota de sudor se metió en un ojo de Sam Kelly.

Llegaron ante el número 229. Crazy empujó la puerta y asintió, cuando cedió. Entraron los tres. Delante estaba el ascensor, con la luz encendida, de modo que no se molestaron en buscar la del vestíbulo.

—El cuarto, ¿verdad? —preguntó Crazy.

—Sí —dijo Werner, cerrando las puertas del ascensor—: apartamento B. ¿No es así, Kelly?

—Sí —musitó Sam—. Sí.

Werner sonrió, y dijo, mientras se volvía hacia la hilera de botones:

—Está sudando como un cerdo. Aunque no sé si los cerdos sudan...

Apretó el botón del cuarto piso, vuelto completamente de espaldas a Kelly y Crazy. Justo en el momento en que la cabina comenzaba a subir, Sam Kelly se colocó de lado con respecto a Crazy, de modo que éste ni remotamente podía pensar en un ataque, dada la postura del sentenciado a muerte.

Pero, se puede golpear de mil maneras diferentes. Una de ellas es el golpe llamado en karate *ura ken*: se golpea con el brazo doblado, el codo a la altura de la tetilla, pero separado del cuerpo, y lanzando el puño como un latigazo de velocísimo retroceso en dirección exterior, como queriendo poner el brazo en cruz, el puño con el dorso vuelto hacia el objetivo... No es un golpe potente, pero bien aplicado puede matar fulminantemente. Por ejemplo, dirigiéndolo a la sien de un adversario...

Los nudillos superiores de los dedos índice y corazón del puño derecho de Sam Kelly dieron de lleno en la sien de Crazy, llegándole por la derecha el seco golpe, de leve chasquido. Crazy emitió un gemido, puso los ojos en blanco, su rostro se desencajó... y el bolsillo derecho de su chaqueta estalló silenciosamente en una pequeña llamarada y un deshilachado agujero producido por la bala disparada en el último instante de su vida.

Fue tan rápido, que Werner todavía se estaba volviendo cuando Kelly mataba a Crazy y éste disparaba. Werner lanzó un berrido, y se llevó ambas manos al vientre, donde la bala disparada por su compañero

causó una terrible mutilación. Cayó de rodillas, de pronto, sin resuello, lívido, demudado el rostro, poco menos que fuera de las órbitas los ojos... De su boca desencajada brotaba un agudo gemido, como vapor escapando de una cafetera.

Sam Kelly disparó de nuevo su puño derecho, acertando en la frente a Werner, que rebotó contra la pared del ascensor y cayó de bruces, quedando inmóvil a los pies del americano, igual que Crazy.

El ascensor se detuvo, segundos después.

Silencio.

Samuel Kelly estaba inmóvil, pálido como si el muerto fuese él. No se sentía capaz de moverse. De pronto, se pasó la mano derecha por la cara. El sudor se había convertido en escarcha, o poco menos.

—Dios... ¡Dios!

Allá estaba, en el cuarto piso del 229 de la Rué Rambuteau, París; en un ascensor, con dos cadáveres a sus pies, la mano izquierda hecha papilla, la cara quemada, el costado derecho magullado...

«No puedo quedarme aquí toda la vida —se dijo—. Tengo que moverme, o no volveré a ver a la vieja Molly... a Norah, digo.

Con la mano derecha, abrió las puertas del ascensor y salió al pasillo. Dejando las puertas abiertas, aprovechó la luz del ascensor para buscar la puerta del apartamento B, que localizó enseguida. Empujó la puerta, pero estaba cerrada. Estaba a punto de llamar, pero respingó y volvió rápidamente hacia el ascensor. Le quitó la pistola del bolsillo a Crazy, evitando tocar a Werner, que yacía sobre una mancha de sangre. Volvió ante la puerta B y pulsó el timbre, brevemente.

La puerta se abrió a los pocos segundos, atraída por Rose Marie Armagnac, a la que identificó en el acto. La muchacha estaba en camisita de dormir, nada más. Le sonrió misteriosamente.

—Pase —susurró—. Monique le está esperando. ¡Oh, el ascensor...!

—Déjelo ahí, por favor —susurró Kelly.

Rose Marie Armagnac volvió a sonreír, aunque ahora un tanto impresionada, al ver las quemaduras en la cara de Kelly, y el demudado rostro bañado en sudor. Sam pasó junto a ella, directo hacia el saloncito, donde se veía luz. Entró sin vacilación alguna, sacando del bolsillo la pistola, con la que apuntó a Monique Arnaud, en silencio.

Sentada en un sillón, Monique quedó lívida, petrificada. Había estado mirando, sonriente, hacia la puerta, pero la sonrisa se quedó como congelada en sus bonitos labios.

A su izquierda, Kelly oyó el respingo de Rose Marie Armagnac y acto seguido su voz:

—¿Qué hace? —exclamó la muchacha—. Monique, ¿qué...?

—Tráigame el bolso de ella —la interrumpió Kelly—. Lleva una pistola con la que pensaba matarla a usted, o a mí, o a los dos... No sé

cómo lo tenía pensado, pero quería matarnos a los dos.

—¡Usted está loco! —se horrorizó Rose Marie.

—De acuerdo; pero tráigame el bolso de Monique. ¡Vamos, hágalo, le estoy salvando la vida, señorita Armagnac!

Rose Marie se fijó entonces en la mano izquierda de Sam Kelly, y se llevó una mano a la boca, sofocando un grito. Luego, miró incrédulamente a Monique, que seguía sin poder reaccionar. Se acercó a ella y le quitó el bolso que tenía en el regazo.

—¡Tráigalo! —exigió Kelly.

Lo sopesó cuando Rose Marie se lo entregó; es decir, Rose Marie se lo colgó del dedo meñique de la mano derecha, comprendiendo la seña de Kelly.

—Efectivamente, lleva una pistola. Si quiere, puede comprobarlo. Aunque preferiría que hiciese una llamada telefónica para mí, señorita Armagnac, póngame en contacto con el Hotel Les Champs, por favor. Yo sólo puedo utilizar una mano, y le aseguro que lo mejor que puedo hacer con ella es continuar apuntando a esa fiera.

—¿Quién... quién es usted...?

—Un cretino. Pero voy a seguir bailando esta pieza mientras me aguante en pie; llame, por favor. Cuando le contesten, colóqueme el auricular en la oreja. ¿Lo entiende?

—Sí... ¿Qué... qué número...?

Kelly dijo el número del Hotel Les Champs, y la muchacha lo marcó. Estuvo escuchando unos segundos, y luego colocó el auricular en el oído de Kelly, que se había acercado a ella, siempre apuntando a Monique con la pistola de Crazy.

—¿Hotel Les Champs? Soy Samuel Kelly, el... Eso es, ¡sí!, el americano. ¿Puede decirme si tengo algún recado ahí?

—...

—No... Bien, pero deben haberme llamado a eso de las diez, ¿no es así?

—...

—Eso es: a las diez. ¿A las doce no?

—...

—Vaya... Bueno, escúcheme bien, por favor, quiero dejarle un recado a la señorita Annette, que me llamará a las diez de la mañana... ¿Toma usted nota?

—...

—Sí, espero... Ah, ¿ya vale? Bien, éste es el recado, que deberá usted, o su compañero de turno, leer con toda exactitud a mi prometida... Sí, eso es, Annette. Escriba: «Querida, Monique Arnaud está metida de lleno en el negocio, y, por circunstancias imprevistas, tengo que seguir relacionándome con ella, a fin de conocer bien a unos socios

que desconocíamos. Estos socios son una mujer llamada Simone, que tiene un castillo o algo parecido en Mantes-la Jolie, donde vive con dos socios llamados Raoul y Pierre. Si no me encontrases en ese castillo mañana, seguramente estaría en Deauville, donde Monique y Simone tienen un pesquero llamado *Calais*, y que quizá vaya a ver por si me interesa adquirirlo...» Eso es todo. ¿Quiere leérmelo, por favor? Es que mi francés no es demasiado bueno para dar explicaciones, pero lo entiendo muy bien, y quiero asegurarme de que usted ha interpretado el mensaje. ¿Por favor?

—...

—Estupendo. Sí, exacto, muchas gracias. Adiós, buenas noches...

Se apartó del auricular, y Rose Marie comprendió que había terminado completamente. Lo colgó y se quedó mirando a Kelly, que se acercó a Monique, con expresión siniestra.

—No te voy a matar a sangre fría, porque no tengo agallas para eso —masculló—, pero te voy a dejar la cara...

Dio un salto al oír a su derecha la exclamación de espanto de Rose Marie y se volvió a mirarla. Al girar, vio, en una imagen borrosa, algo que había en el suelo. Justo en el umbral del saloncito; regresó la mirada hacia allá vivamente, y tuvo el tiempo justo de dejarse caer de rodillas...

«Plop», chascó el disparo efectuado por Werner desde el suelo.

La bala crujió por encima de la cabeza de Kelly, y fue a clavarse en la pared, con seco impacto. Kelly saltó hacia su izquierda, rodando por el suelo manteniendo la mano izquierda por encima de la cabeza y apuntando con la derecha hacia Werner.

Justo en el momento en que Kelly disparaba, Monique aparecía en la línea de tiro, corriendo hacia la puerta.

Y las cosas sucedieron de modo muy extraño y sólo en una fracción de segundo: la bala disparada por Sam Kelly dio en la pantorrilla derecha de Monique, que lanzó un gemido y cayó de rodillas; en ese momento, Werner, siempre tendido en el suelo y lívido como un muerto, volvía a disparar; la cabeza de Monique fue sacudida violentamente, la muchacha saltó hacia atrás como arrancada del suelo por un vendaval, y fue a caer, cara al techo, resbalando hasta llegar delante mismo de Sam Kelly, que disparaba de nuevo, acertando ahora a Werner en lo alto de la frente, dos dedos por encima de la línea del cuero cabelludo, de modo que la bala atravesó la cabeza en diagonal, saliendo por la nuca hacia la espalda.

Eso fue todo.

Durante unos segundos, Kelly quedó inmóvil, mirando a Werner, tendido de bruces en el umbral del saloncito. Luego, muy despacio, miró a Monique, y se estremeció violentamente. Monique Arnaud tenía el ojo

derecho muy abierto, y el izquierdo reventado por la bala disparada por Werner.

Cuando miró por fin a Rose Marie Armagnac, Kelly respingó, se puso en pie rápidamente, y fue hacia la muchacha, metiéndose la pistola en un bolsillo. Rose Marie estaba rígida, con los ojos desorbitados, retorciéndose los dedos y abriendo y cerrando la boca, como si se estuviese asfixiando.

¡Plaf!, resonó la tremenda bofetada que Kelly le aplicó en la mejilla izquierda.

La muchacha cayó sentada al suelo, se llevó las manos a la cara, y rompió a llorar con profundos sollozos.

Kelly se acuclilló ante ella, y le asió una mano, separándola del rostro lleno de lágrimas.

—Lo siento —jadeó—. Por favor, señorita Armagnac, tiene que serenarse. ¡Necesito su ayuda!

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío...!

—¡Por favor! Le aseguro que querían matarla, y a mí también, de tal modo que parecería que nos habíamos matado el uno al otro... No tengo tiempo de explicárselo ahora. ¿Sabe conducir?

—Sí... Sí, sí.

—Está bien. Vístase. Deprisa, se lo ruego.

Salió del saloncito, pasando por encima de Werner. Salió del apartamento, llegó al ascensor, y asió a Crazy por un pie, sacándolo del ascensor arrastrándolo sin miramiento alguno. A fin de cuentas, estaba muerto. En definitiva, a Sam Kelly le había resultado útil ser un extra de cine, un doble de famosos para las escenas arriesgadas, lo cual le había obligado a aprender a manejar armas, adquirir conocimientos de defensa personal y otras muchas cosas.

Cuando llegó al apartamento, se dio cuenta de que Werner había ido dejando un rastro de sangre, no sólo en el ascensor, sino en todo el pasillo, mientras se arrastraba, dispuesto a llegar al apartamento y matarlo. Agonizando, pero dispuesto a matar...

Rose Marie apareció, ya vestida, y se mordió los labios al ver otro cadáver. Kelly no le dio tiempo a decir nada.

—Tengo que bajar a la calle —murmuró—. Mientras tanto, limpie la sangre del ascensor y del pasillo lo mejor que sepa... ¿Puede hacerlo?

Rose Marie asintió con la cabeza, tartamudeando:

—Se... sería mejor que... que... que avisáramos a la policía...

—No. Luego le diré por qué. Ahora, haga lo que le he dicho. ¿Se encuentra bien? ¿Podrá controlarse?

—Creo... creo que sí...

—De acuerdo. Si no estoy de vuelta dentro de cinco minutos, entonces sí, métase en el apartamento de cualquiera de sus vecinos,

enciérrense allí y llamen a la policía. Y no abran a nadie más que a la policía. ¿Sí?

Rose Marie volvió a asentir con la cabeza, y Kelly abandonó el apartamento. Segundos después, a pie, llegaba al vestíbulo. Salió a la calle y caminó hacia la esquina. Aquí, se asomó, para mirar hacia el coche en el que esperaba Robert, de espaldas a la esquina. La distancia hasta el coche debía ser de unos doce metros. Si corría, lo más probable era que Robert se fijase en él, y se sobresaltase. Pero, de todos modos, tendría tiempo de arrancar o de dispararle, según la elección que hiciese.

De momento, seguía de espaldas, y el coche estaba en tal posición que por el espejo retrovisor Robert no podía ver la esquina. Es decir, la parte de la esquina que le interesaba a Kelly... Se acuclilló y comenzó a caminar así, imitando el llamado paso de la oca, llevando la pistola en la diestra, siempre fija la mirada en Ja espalda de Robert. No quería ni pensar en lo que podía suceder si algún trasnochador transeúnte aparecía, y veía a un sujeto caminando de aquella manera. Lo menos que pensaría era que estaba como una cuba.

Cuando llegó a la parte posterior del coche, Kelly estaba sudando de nuevo, pero había conseguido su objetivo. Se sentó, sacudió un poco las piernas, relajando los músculos, y volvió a deslizarse hacia la ventanilla del conductor, cuyo cristal estaba bajado, salvo que Robert hubiese tenido frío, cosa poco probable en la tibia noche de finales de mayo.

Se irguió, de pronto, delante mismo de la ventanilla.

Robert resoló fuertemente, volviendo la cabeza. Sus ojos se desorbitaron, su mano derecha se deslizó velozmente hacia el sobaco izquierdo...

«Plop», disparó Sam Kelly.

El tremendo impacto de la bala en el pómulo izquierdo de Robert derribó a éste de lado en el asiento contiguo... Seguramente, una de las cosas que Kelly tardaría en olvidar iba a ser el rostro de Robert iluminado por el fogonazo en el momento de recibir el balazo.

Volvió a guardar la pistola en el bolsillo, rodeó el coche por delante, abrió la portezuela derecha, y tiró del cadáver hasta hacerlo caer del asiento, dejándolo hecho un guiñapo. Luego retiró las llaves del contacto, cerró todas las portezuelas, y regresó hacia el 229 de la Rué Rambuteau.

Tuvo que subir a pie, pues el ascensor continuaba arriba. Rose Marie estaba recogiendo la sangre con una toalla, que escurría dentro de un cubo lleno de agua. Terminó la limpieza echando en el piso del ascensor un líquido que olía a amoníaco, y restregando con la toalla.

El ascensor quedó limpio.

Limpia el suelo del pasillo fue mucho más fácil y rápido. Cuando

ella estaba terminando, Kelly devolvió el ascensor al vestíbulo. Todo le parecía extraño, como una pesadilla en la que lo único bueno era que los vecinos de Rose Marie Armagnac tuviesen tan sano y profundo sueño.

Finalmente, la puerta del apartamento fue cerrada, y cuando la muchacha se disponía a limpiar también allí, Kelly movió la cabeza.

—Déjelo —se asustó al oír su voz tan ronca y tensa—. Eso puede esperar. ¿Tiene usted vendas, o algo con lo que podamos vendar mi mano de modo que los dedos queden sujetos?

Rose Marie tenía unas finas vendas de gasa, que sirvieron para salir del paso. Cuando terminó de vendar la mano de Kelly, que quedó convertida en un extraño muñón, el americano estaba al borde del desmayo.

—Deme algo para beber —jadeó.

Era un estupendo coñac francés, que llevó calor al cuerpo de Kelly. Sentada delante de él, Rose Marie, como hipnotizada, se limitaba a mirarlo.

—¿Ha tomado su permiso de conducir? —preguntó Kelly.

—Sí.

—Vamos a ir en coche ahora. Siento meterla en esto, pero tiene que ayudarme, señorita Armagnac. Hay unas personas que están preparando algo que no sé qué es, pero sé que no es nada bueno. Y no estoy seguro de que podamos esperar a las diez de la mañana para informárselo a Annette. Por otra parte, quizá están esperando a Monique y a los demás en el castillo, y si no llegan, se alarmarán y escapan... ¿Me comprende?

—No.

—Se lo explicaré por el camino... si decide ayudarme.

—¿De verdad querían matarme?

—A usted y a mí. De verdad. Lo entenderá cuando se lo explique.

Rose Marie Armagnac se puso en pie. Estaba pálida, pero su gesto decidido no ofreció dudas a Sam Kelly. Dos minutos más tarde, estaban en el coche. Rose Marie al volante, y Kelly en el asiento de atrás. Ya lejos del apartamento de la muchacha, Kelly sacó del coche el cadáver de Robert y lo dejó tirado en la calle, después de quitarle la pistola, y todo lo que llevaba en los bolsillos. Antes de que la policía se hiciese cargo del cadáver, y consiguiese identificarlo, era de esperar que todo estuviese solucionado.

Capítulo VIII

PERO en el castillo, al cual llegaron poco después de las dos y media de la mañana, no había nadie. Todas las luces estaban apagadas, y pese a que Kelly pidió a Rose Marie que hiciese sonar el claxon y enfocase las luces largas de los faros hacia las ventanas, nada sucedió.

—Así pues, Sam Kelly, que estaba cada vez más frío... y más sorprendido de sí mismo por ser capaz de sentir aquel odio hacia la rubia Simone y sus amigos Raoul y Pierre, sólo podía llegar a una conclusión:

—Están en Deauville —musitó, ahora sentado junto a Rose Marie—. ¿Sabe usted dónde está Deauville?

—Claro que sí. Pero hay unos ciento cincuenta kilómetros hasta allí.

—Podemos hacerlos en dos horas, ¿no?

—Sí, sí.

—Pues vamos.

Rose Marie maniobró, dando la vuelta. Kelly dirigió una última mirada hosca hacia el oscuro castillo. ¡Con lo que le habría gustado ver salir a Simone y los otros dos, creyendo que era Monique quien regresaba...! Habrían quedado como pajaritos prendidos en las luces del coche, y se los habría cargado a los tres. Vaya que sí.

¿Realmente?, se preguntó. ¿Realmente habría disparado a sangre fría contra una mujer y dos hombres?

—¿Qué sabe usted de Monique...? —preguntó, de pronto.

—¿Yo? Pues no sé... Poca cosa. Pero lo último que podía imaginarme de ella era algo como lo que usted me ha contado. No puedo creer que asesinasen a dos hombres y estuviese dispuesta a hacer lo mismo con nosotros.

—Pues es cierto. Y además, está... estaba tramando algo. ¿Nunca la oyó hablar de Simone?

—Nunca. Todas esas personas que he visto, y las que usted ha ido mencionando, son desconocidas para mí.

—¿Cuánto tiempo llevaba Monique trabajando en Jacques?

—No sé exactamente, pero, desde luego, más de año y medio, que es el tiempo que llevo yo. Cuando yo me contraté en Jacques, ella ya trabajaba allí.

—¿Nunca pasó nada, nunca la fueron a ver personas... extrañas,

nunca notó usted nada raro?

—No. Para mí, Monique era una compañera más de la profesión. Llevábamos año y medio trabajando juntas, así que algo de afecto debía existir... al menos, por mi parte —se estremeció.

—¿Alguna vez un hombre la esperó al salir de Jacques?

—Que yo sepa, rio. Quiero decir que delante de la tienda, no, desde luego. Y en cuanto se alejaba de allí, naturalmente, Monique podía vivir privadamente como quisiera.

—¿No era comunicativa?

—Respecto al asunto hombres, no. La verdad es que más de una vez pensé que no parecían interesarle gran cosa.

—¿Quiere decir que pensó que le gustaban las mujeres?

—No. Simplemente, no me preocupaba la vida íntima de Monique. Cada cual puede hacer con su vida lo que quiera, ¿no?

—Con la suya, supongo que sí —murmuró Kelly.

A las cinco menos veinte de la madrugada, llegaron a Deauville, en la costa, al noroeste de París, a unos doscientos kilómetros de ésta. Por indicación de Kelly, Rose Marie condujo hacia los muelles donde amarraban los pesqueros, preguntando:

—¿Está buscando uno que se llama *Calais*?

—Sí. ¿Lo conoce?

—No. Lo mencionó usted cuando habló por teléfono.

—¡Ah! Bien, me gustaría encontrarlo pronto, pero no podemos recorrer estos lugares con este coche. Simone lo reconocería en cuanto lo viese, si es que está por aquí.

—Como todavía es de noche, no creo que Simone nos vea, ni que nosotros veamos al *Calais*. ¿Para qué quieren ese pesquero los amigos de usted, señor Kelly?

—Mis amigos no quieren ese pesquero para nada. He sido el primero en conocer su existencia... Lo que sí quieren mis amigos es saber si alguien ha ocupado el lugar de Renzo Bulgati, y para qué.

Rose Marie movió la cabeza y parpadeó.

—Todo esto me parece tan fantástico...

—¡Je! ¿Y qué cree que me parece a mí? Soy un tipo de los que llaman duro, y a veces tengo malas pulgas, pero... Bueno, eso me parecía a mí, pero estoy viendo que soy un angelito en comparación con otras personas.

—Ha matado a tres hombres —susurró Rose Marie.

Sam Kelly se mordió los labios. ¿Certo? Certo: había matado a tres personas. ¿Y qué sentía? En aquellos momentos, nada. No sentía nada... Pero, también, en aquel momento, comprendió que tardaría mucho tiempo en olvidar lo sucedido; sobre todo, le costaría mucho olvidar el ojo reventado de Monique Arnaud...

«Si la vieja Molly estuviese aquí me consolaría», pensó.

Luego miró su reloj. Finalmente, se quedó mirando su mano profusamente vendada. Le dolía, pero mucho menos que cuando llevaba los dedos sueltos.

—¿Le duele?

Miró a Rose Marie, y encogió los hombros.

—Me he roto los huesos en tres ocasiones —murmuró—. Pero no en situaciones como ésta, se lo aseguro, sino cayendo del caballo y cosas así. ¿Tiene sueño?

—Claro que no —exclamó Rose Marie—. No podría dormirme ahora ni bajo amenaza de muerte.

—Lo mismo me pasa a mí, ¿Qué le parece si nos dedicamos a buscar ese pesquero? Si alguien nos ve, pensará que somos una pareja de enamorados que hemos pasado la noche de juerga y que venimos a refrescarnos a la orilla del mar.

—Como quiera.

—Coloque el coche en un extremo del muelle y lo recorreremos de punta a punta.

Rose Marie obedeció. Dejaron el coche cerrado, ella se colgó del brazo izquierdo de él y comenzaron a caminar, mirando hacia los pesqueros surtos en el muelle, buscando sus nombres. El alumbrado era suficiente para esto. En el cielo despejado brillaban las estrellas, sin la compañía de la luna. Desde luego, si querían refrescarse, nada más fácil, pues del mar llegaba un aire más que fresco...

Vieron el *Calais* cuando hacía apenas cinco minutos que había amanecido. Fue Rose Marie quien vio el nombre. Se detuvo en seco, y lo señaló. Kelly miró hacia allí, y suspiró. Se quedó mirando la embarcación, fijamente. No era muy grande, y estaba muy bien pintada, con llamativos colores en franjas delgadas un poco más arriba de la línea de flotación. No se veía a nadie en cubierta.

—Sigamos caminando —murmuró.

—¿Qué piensa hacer?

—Aún no lo sé —miró su reloj—. Pero quizá, sea lo que sea, convenga hacerlo pronto. Ni siquiera son las seis de la mañana y Annette no recibirá mi mensaje hasta las diez. Luego, para llegar aquí, necesitará no menos de un par de horas, como nosotros... que ya partimos de Mantes-la Jolie. Eso quiere decir que ella y mis demás amigos no podrán intervenir hasta el mediodía. Seis horas de espera... Me parecen demasiadas. Volvamos al coche.

Volvieron al coche, y Rose Marie condujo hasta un lugar desde el cual podían ver al *Calais*. Kelly, que había permanecido silencioso aquellos minutos, dijo de pronto:

—De todos modos, si ese pesquero no se mueve de ahí, es que no

piensan hacer nada, ¿verdad?

—No sé.

—Por otra parte, supongamos que ahí dentro hay varios hombres... Si Monique buscaba hombres como Renzo Bulgati, podemos suponer que los que hayan en el pesquero serán más o menos como Bulgati, o sea, gente peligrosa, mercenarios, asesinos, aventureros... En resumen: si entro ahí, me harán pedazos. Y si no hago nada, quizá cuando queramos hacer algo ya no estemos a tiempo. Pero... si ellos no hacen nada, ¿por qué tengo que hacerlo yo? Si nada ocurre, puedo esperar a Annette y a los demás.

—Parece lo más sensato.

Sam Kelly se analizó cuidadosamente. ¿Realmente era lo más sensato... o era lo que le dictaba su cobardía? El examen de conciencia fue largo y despiadado, sin concesión alguna, hasta que decidió con toda honestidad que si algo ocurría, intervendría, pero que si no, lo mejor era esperar a gente más experta que él. Si el pesquero permanecía allí, ¿por qué complicar las cosas?

—Esperaremos —murmuró.

Un poco antes de las ocho de la mañana aparecieron dos hombres en la cubierta del *Calais* y se dedicaron a actividades que no merecían especial atención. Muy poco después salieron tres más, y casi enseguida, otro.

—Seis —susurró Kelly—. ¡Y quizá todavía queden más ahí dentro!

—Es extraño —se sorprendió Rose Marie—. Los pescadores no suelen dormir en su barco cuando están en puerto, señor Kelly. Y esos hombres parece que han pasado la noche ahí.

—Porque no son pescadores.

—¿Qué son?

—No sé. Asesinos, o algo parecido... Parece que uno va a desembarcar.

Se quedaron silenciosos, mirando hacia el *Calais*. En efecto, uno de los hombres desembarcó y se dirigió calmamente hacia la avenida, las manos en el bolsillo del chaquetón, la gorra caída sobre la frente.

—Sígalo —dijo de pronto Kelly—, Pero con cuidado, ¿comprende?

Había ya movimiento en Deauville, pero Rose Marie no tuvo dificultad en seguir al hombre. Entró en un café, y cuando pasaron por delante le vieron tomando café con un *croissant*. Rose Marie detuvo el coche. El hombre tardó siete u ocho minutos en salir. Por supuesto, no había abandonado el barco sólo para desayunar. Le vieron comprar algunas revistas, y un par de periódicos. Luego, en otro sitio, compró dos cartones de cigarrillos rubios. Y entonces, sí, emprendió el regreso al muelle, siempre sin prisa alguna.

Sam Kelly, que estaba reflexionando todo el rato, tomó una decisión.

—Colóquese cerca de él.

—¿Qué piensa hacer? —se sobresaltó Rose Marie.

—Haga lo que le digo y no se preocupe.

El coche se detuvo junto al hombre, un poco más adelantado. Sam Kelly se apeó, metió la mano en el bolsillo donde tenía la pistola, y acudió al encuentro del sujeto, que iba echando un vistazo a uno de los periódicos... Chocó contra el pecho de Kelly y alzó la vista, sobresaltado.

—*Pardon* —se excusó.

—Ni perdón ni narices —susurró Kelly—. Métase en ese coche, en el asiento de atrás.

Un destello de alarma pasó por los ojos del hombre. Bajó la mirada tras apartar el periódico y vio la mano derecha de Kelly... es decir, no vio la mano derecha de Kelly, puesto que la tenía en el bolsillo. Pero, evidentemente, comprendió enseguida. Se pasó la lengua por los labios, vaciló un instante y luego fue hacia el coche. Entró en la parte de atrás. Kelly lo hizo a continuación y sacó la pistola de modo que el hombre pudiese convencerse de que no había truco ni broma.

—Vámonos, Rose Marie —dijo, sin mirarla.

—¿A...adónde?

—Emprenda el regreso a París, y cuando vea un sitio donde podamos llegar con el coche, y que sea tranquilo y solitario, vaya hacia allí. ¿Comprendido?

—Sí, sí...

—¿Lleva usted armas? —preguntó al sujeto.

—Claro: sólo ha salido a desayunar y a comprar periódicos y tabaco, ¿no es eso?

—Sí. ¿Qué significa esto? ¿Quién es usted?

—Mejor dígame quién es usted. ¿Cómo se llama?

—Schaffer. Helmut Schaffer.

—Alemán... Bueno, pero parece que nos vamos a entender en francés. Por fortuna tuve una profesora llamada Molly que... ¿He dicho Molly? —se pasmó—. No, no se llamaba así. Se llamaba... Pero esto no le interesa a usted, ¿verdad?

El sujeto frunció hoscamente el ceño.

—¿De qué manicomio se ha escapado usted? —gruñó—. ¿Qué es lo que quiere?

—Información. ¿Conoce a una rubia estupenda llamada Simone?

—No —musitó Schaffer, bajando rápidamente los párpados.

Sam Kelly sonrió igualito que una hiena. Ya no dijo ni una sola palabra más. Durante el tiempo que tardó Rose Marie en encontrar un lugar adecuado, a la derecha de la carretera, ya lejos de Deauville,

permaneció en silencio, pero mirando en todo momento a Helmut Schaffer como si quisiera hipnotizarlo.

Por fin, el coche quedó detenido entre unos pinos. Rose Marie paró el motor, y se hizo el silencio completo... No. Se oían unos pajarillos.

—Salga —dijo Kelly, comenzando a salir él, de espaldas.

Schaffer obedeció. Estaba sombrío, apretados los labios... Kelly comprendió que Schaffer sí era un hombre auténticamente duro. No iba a ser fácil tratar con él. Sólo que, en este mundo, hasta lo malo se aprende... Y generalmente más deprisa que lo bueno.

El hombre estaba saliendo aún del coche cuando Kelly le descargó el horrendo puntapié entre las ingles. Helmut Schaffer lanzó un berrido, alzó la mirada hacia Kelly... y se desplomó de bruces ante éste, que miró a la sobresaltada Rose Marie.

—Busque cuerdas, cadenas, alambres, o lo que sea, en el maletero del coche. Vamos a atarlo a un pino, Rose Marie. Luego, se va usted con el coche, y me espera junto a la carretera. Supongo que no se le ocurrirá dejarme, ¿verdad?

—No lo haré —dijo con firmeza Rose Marie.

En el maletero encontraron una larga cuerda de nailon, de color azul; también un rollo de alambre y las cadenas para las ruedas del coche que se utilizan en la nieve. Es decir, tenían de todo. Incluso un par de mantas, un botiquín, un par de botas...

Cuando siete u ocho minutos más tarde, Helmut Schaffer abrió los ojos, estaba incrustado contra el tronco de un pino por medio de cuerdas, cadenas y alambres. Ni en cien años se podría soltar él solo. Y delante de él, sentado, con las piernas cruzadas y la pistola en la mano derecha, estaba Sam Kelly.

—¿Conoce a Simone? —insistió el americano.

—No —negó el alemán.

Kelly se puso en pie, y rodeó el pino, quedando a espaldas de Schaffer, que tenía las manos atadas atrás. Es decir, que él no podía vérselas. Pero Kelly sí las veía, atadas ferozmente las muñecas con alambre.

—Esta noche —dijo sosegadamente—, unos amigos de usted me enseñaron una cosa, Schaffer. Se la voy a demostrar.

Helmut Schaffer lanzó un alarido cuando el dedo meñique de su mano derecha hizo «¡crack!». Todavía no había recuperado el aliento, cuando el segundo dedo crujió, y el alemán casi se ahogó, al gritar de nuevo. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando recuperó la visión, Sam Kelly estaba de nuevo ante él.

—¿Conoce a Simone? —preguntó.

—Sí... Sí, sí, sí.

—Ya sabe: la del castillito de Mantes-la Jolie.

—Ya le he dicho que sí.

—¿Está en el barco?

—No... No. Estuvo esta noche, pero regresó al castillo hacia las cuatro de la madrugada.

—¡Ah...! Eso quiere decir que nos hemos cruzado en la carretera. O quizá no hemos circulado por la misma. Está bien. ¿Le habló ella de Sam Kelly?

Schaffer miró la mano vendada de Kelly y asintió con la cabeza.

—Entonces, ya sabe el juego que he aprendido esta noche, Schaffer. Yo también puedo quemar caras, romper dedos, y sacar ojos, si es necesario. Todo eso es lo que haré si usted no contesta a mis preguntas. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—Acéptelo deportivamente: unas veces se gana, otras se pierde. ¿A qué vino Simone al *Calais*?

—¿Dónde están Crazy, Werner y Ro...?

—Muertos los tres. Yo los maté, Schaffer. También está muerta Monique. Monique Arnaud, ya sabe. Les hice creer a todos que soy un desgraciado, pero a usted quizá le convenga saber que soy uno de los verdugos de la CIA. ¿Lo comprende?

—Sí —graznó Schaffer.

—Bien. ¿A qué vino Simone al *Calais*?

—Quería saber si todo estaba bien en el pesquero. Dijo que un tal Sam Kelly había complicado las cosas y quería asegurarse de que en el barco todo estaba bien.

—Comprendo. ¿Qué más hizo?

—Nada más... Bueno, charló con Rielsen.

—¿Quién es ése?

—Jan Rielsen... El jefe del grupo.

Kelly entornó los ojos.

—¿Quiere decir que Jan Rielsen es el hombre que sustituye a Renzo Bulgati?

—Sí... Eso es, sí.

—Y ese grupo del que usted forma parte... ¿a qué se dedican, o piensan dedicarse? Vamos, no sea idiota... ¿Quiere que lo destruya? ¿Es eso lo que quiere? ¿O prefiere decirme qué están planeando?

—Tenemos... tenemos ya preparado todo para... para hacer volar la Torre Eiffel.

Kelly quedó estupefacto.

—¿La Torre Eiffel? ¿La de París? ¿Por qué?

—El plan está preparado para el día dos de junio,... Eso es todo lo que puedo decirle... ¡No sé por qué ese día, ni sé nada más!

—El dos de junio... Muy bien. ¿Y cómo pensaban volar, nada menos que la Torre Eiffel? Procure no contestarme una tontería, Schaffer.

—No... No es ninguna tontería. Tenemos ya en el pesquero los dos morteros gigantes, desmontados por ahora, y los dos proyectiles enanos atómicos.

Samuel Kelly, que estaba acucillado, cayó hacia atrás, quedando sentado, con aspecto de cadáver. Quiso decir algo, pero de su boca sólo brotó aquella especie de maullido. Durante unos segundos, fue incapaz de reaccionar en sentido alguno. ¡Oh! Seguramente no había oído bien. ¿Proyectiles enanos, atómicos? ¡Qué tontería!

Emitió otro maullido, se aclaró la voz y jadeó:

—¿Están locos? ¿Por qué quieren hacer eso?

—No lo sé. Yo no hago preguntas. Sólo trabajo.

—Pero... ¿de dónde han sacado esos proyectiles, y... y los morteros...?

—Ya le he dicho que yo no hago preguntas.

—Pero... ¡Por Dios, es imposible! ¡Si hiciesen eso, ustedes serían los primeros en morir, pues los disparos tendrían que hacerlos desde una distancia corta...!

—No.

—¿No? ¿Qué alcance tienen esos morteros?

—Máximo, un kilómetro.

—¡Serían alcanzados por la explosión!

—El pesquero está siendo preparado para que quede herméticamente cerrado. Dispararíamos desde el Sena, a la altura del Puente de Grenelle, y luego navegaríamos río abajo, hasta que, ya fuera de la zona radiactiva, el helicóptero llegase para recogernos.

—También eso, un helicóptero... ¿Todo esto lo ha preparado Simone?

—Sí.

—¿Y Monique Arnaud? ¿Qué papel jugaba en todo esto?

—No lo sé exactamente, pero tengo entendido que Monique era desde hace tiempo la residente, el enlace de Simone en París... La encargada de hacer contacto con hombres como yo, y contratarlos. Al menos, eso es todo lo que hizo conmigo. No sé más.

—¿Usted... y los demás hombres que hay en el *Calais*... son mercenarios contratados por Simone para este trabajo?

—Claro, Por medio de Monique. Excepto Jan Rielsen: Simone tuvo que ir personalmente a contratarlo a Roma, pues no quería movilizar a Monique después de que pasó lo de Bulgati en París, hace un par de semanas.

—¿Y Pierre y Raoul?

—Forman el trío organizador con Simone.

Kelly dejó la pistola en el suelo y se pasó la mano por el rostro, cubierto de sudor.

—¡Mi madre...! —jadeó—. ¡Tenía razón Oscar! ¡Cuando un tipo como Bulgati entra en acción, algo serio va a ocurrir! Ha muerto Bulgati, pero ahora esta Rielsen... Siempre hay un Bulgati o un Rielsen... ¡Dios bendito!, ¿qué hago yo ahora?

—Si yo fuese usted —dijo aviesamente Schaffer—, desaparecería de la circulación para siempre. Mis compañeros se harán a la mar en cuanto empiecen a decirse que estoy tardando demasiado. Se ocultarán y se pondrán en contacto con Simone, y luego, se esconda usted donde se esconda, lo encontrarán. Y entonces, no quisiera estar en su pellejo.

—Yo tampoco quisiera estar ahora en el suyo, Schaffer.

—En ese caso, quizá podríamos llegar a un acuerdo.

Kelly se quedó mirando astutamente al mercenario.

—Entiendo... Desde el primer momento, usted ha querido confiarme, y al mismo tiempo, asustarme con la explicación de todo ese plan, para finalmente, ofrecerme un arreglo, convencido de que debo estar tan asustado que voy a aceptar. ¿No es así?

—Es usted muy listo,

—Le parezco listo, pero también un cobarde, ¿eh?

—Supongo que no lo es —sonrió desdeñosamente Schaffer.

—Entonces, si no soy un cobarde, no debo aceptar su arreglo.

—Usted verá lo que hace. Pero le aconsejo que lo piense muy bien antes de matarme.

Samuel se quedó pensativo. Durante tanto rato, que Schaffer comenzó a mirarlo con cierta aprensión. En ningún momento había creído que Sam Kelly fuese un verdugo de la CIA, ya que Simone, Raoul y Pierre habían hablado de él... aunque asegurando que ya debía estar muerto.

Y no estaba muerto. Estaba allí, ante él, pensando, inescrutable el rostro marcado por la brasa del cigarrillo en dos sitios...

De pronto, Sam se puso en pie, y sin más explicaciones descargó un golpe con la pistola en plena cabeza de Schaffer, que perdió el sentido, fulminado. Utilizando trozos de manta y tiras de esparadrapo, Kelly lo amordazó concienzudamente.

Luego, emprendió el camino hacia la carretera, siguiendo las rodadas del coche en el desigual terreno. Llegó en tres minutos, se sentó junto a Rose Marie y señaló hacia delante.

—Vamos al castillo.

—¿Qué ha pasado?

Sam miró su reloj.

—Y no baje de la máxima velocidad permitida: quiero estar allí antes

de las diez y media.

Capítulo IX

—¿QUÉ hora es? —preguntó Raoul, tras mirar su propio reloj.

—Las diez y cuarto —musitó Pierre—. Tu reloj va tan bien como el mío, Raoul.

Los dos se quedaron mirando a Simone, que permanecía inmóvil en un sillón, con expresión ausente.

—Simone —musitó Raoul—, son las...

—Lo he oído —volvió ella la cabeza—. Está bien, vuelve a llamar al apartamento de Monique.

Seis minutos más tarde, Raoul colgaba el teléfono, mirando a Simone y moviendo negativamente la cabeza.

—Cuando regresamos de Deauville ellos debían ya estar de vuelta —dijo Pierre—. En cuanto a Monique, al terminar el asunto del americano y Rose Marie Armagnac, debió volver a su apartamento. Puesto que nada de esto ha sucedido, debemos convencernos de que algo ha salido mal, Simone.

—Estamos esperando desde las siete de la mañana —dijo Raoul—. Ya es suficiente. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos de aquí cuanto antes y avisar a Rielsen para que esconda el *Calais*. No sólo por nosotros mismos, Simone, sino por quienes nos pagan este trabajo. Si nos cazan, tú sabes que pueden obligarnos a decirlo todo.

—Sí —murmuró Simone—, lo sé. Y quizá tengas... ¿No oís?

El sonido del claxon volvió a oírse, repetidamente. Los tres se miraron.

—Algo ha sucedido, desde luego —exclamó Raoul—. ¡Pero han vuelto! ¡Vamos, Pierre, quizá estén heridos y necesiten ayuda!

—Por lo menos saldremos de dudas, que ya es algo.

—Yo también voy —dijo Simone.

Mientras cruzaban rápidamente la gran biblioteca y luego el vestíbulo de altísimo techo, continuaron oyendo el claxon, cada vez más impaciente, más exigente quien lo apretaba. Raoul abrió la pesada puerta, y dejó pasar a Simone y a Pierre antes que él.

El coche estaba detenido delante de la puerta, a unos veinte metros, ladeado de modo que el sol se reflejaba en el cristal parabrisas, así que no podían ver el interior. El claxon seguía sonando...

Raoul y Pierre se miraron y echaron a correr hacia el coche.

Estaban a mitad de camino cuando la puerta de atrás de la derecha se abrió, y un hombre saltó al suelo. Inmediatamente, el coche partió, a todo gas, zumbando con fuerza el poderoso motor... Pero ni Raoul, ni Pierre, ni Simone hicieron el menor caso al coche. Los tres se habían sobresaltado al reconocer al hombre que se había apeado tan rápidamente, y que ahora, plantado a diez metros de ellos, a veinte de ella, separadas las piernas, los apuntaba con una pistola con silenciador.

—¡Quietos! —gritó Sam Kelly—. ¡Arriba las manos!

Pareció que los dos hombres iban a obedecer, pero, de pronto, Simone lanzó un grito de rabia.

—¡Matadlo! ¡Matadlo, matadlo...!

Como robots atendiendo las órdenes del control, Pierre y Raoul reaccionaron llevando las manos hacia donde guardaban sus respectivas pistolas, mientras Simone daba media vuelta y regresaba a todo correr al interior del castillo...

Sam Kelly la vio entrar cuando, al disparar contra Raoul, le acertó en la frente, derribándolo como un muñeco de «pim-pam-pum», tieso como un palo, con los ojos abiertos, y su línea visual dejó de estar interrumpida por el francés.

Pero mientras tanto, Pierre sí había conseguido sacar su pistola, gritando, descompuesto el rostro en una mueca de miedo y rabia.

Disparó contra Kelly, pero cuando ya éste, como en una de las muchas escenas para especialistas que había filmado en su vida, se había dejado caer de rodillas, y disparaba de nuevo.

La bala alcanzó a Pierre en el hombro izquierdo, lo hizo girar y caer de rodillas, chillando, ahora, como una auténtica rata. Pero aun así, volvió a apuntar hacia Sam Kelly... que ya no le permitió disparar.

Plop, chascó de nuevo su pistola. Y la bala dio en el pecho de Pierre, sobre el corazón, derribándolo de espaldas.

Fin.

Sam Kelly echó a correr hacia la puerta y lanzó una maldición al encontrarla cerrada.

Retrocedió un par de pasos, y vació el cargador contra la cerradura. Pero la puerta aún no cedió. Regresó junto a Raoul y Pierre se apoderó de sus pistolas, y volvió ante la puerta. Todavía tuvo que disparar cinco veces más antes de poder abrirla, empujándola con un pie y apartándose rápidamente...

—¡Señor Kelly!

Volvió la cabeza hacia el coche, junto al cual se veía ahora a Rose Marie Armagnac, llamándole.

—¡Vuelva al coche, idiota! —bramó Kelly—. ¡Y aléjese de aquí, tal como le dije!

Convencido de que la muchacha le obedecería esta vez, volvió a

dedicar toda su atención al castillo. La puerta estaba abierta de par en par, parcialmente destrozada... pero nada sucedía. Se asomó cautelosamente y no vio a nadie.

Entró, mirando a todos lados.

—¡Simone! —llamó.

Silencio.

—¡Simone, soy Kelly! ¡He matado a Raoul y a Pierre, así que está sola ahora! ¡Salga, no me obligue a perseguirla y a disparar contra usted!

Silencio absoluto.

—¡Simone!

La misma respuesta que si hubiese llamado a la luna.

—¡Dentro de muy poco llegarán varios agentes de la CIA, bien armados y mejor entrenados que yo! —gritó Sam—. A las diez han recibido un mensaje que les informa de este lugar, y son ya las diez y media, ¡No tardarán mucho! ¡También habrán enviado personal a Deauville, a por el pesquero Calais! ¡Todo está perdido para usted, Simone!

Siempre el silencio.

Kelly miró hacia la gran doble puerta de la biblioteca. Se acercó, despacio. Estaba cerrada, pero, al mover cuidadosamente el pomo, comprendió que no con llave. La abrió unos centímetros y entonces percibió aquel olor acre... Olor a humo, pero un humo cuyo olor no le recordaba nada.

Abrió más la puerta y vio entonces a Simone.

Estaba arrodillada en el suelo. Ante ella había una diminuta fogata, que desprendía un humo blanquecino y espeso.

Simone volvió la cabeza, lo vio, y su ya crispado rostro sufrió una sacudida que aterró a Sam Kelly. Mientras gritaba, el bello rostro de Simone pareció transformarse... Sí, igual que en aquellas películas en las que uno de los protagonistas se transformaba en monstruo ante los ojos del espectador. Sólo que aquí no había truco de estudio cinematográfico: simplemente, la mueca de furia y odio que apareció en el rostro de Simone fue tal, que Sam Kelly quedó paralizado por el espanto.

Tan paralizado, que Simone tuvo tiempo de saltar a un lado, empuñar un rifle, apuntarle y disparar.

«¡Bouuummm!», resonó el potente estampido.

Por detrás de Kelly, a su derecha, parte de la puerta saltó en astillas, algunas de las cuales se clavaron en su nuca. El estampido lo dejó sordo... pero no ciego. Su parálisis cedió cuando vio que Simone se disponía a disparar de nuevo. Como un autómatas, alzó la pistola y apretó el gatillo.

«Plop.»

Un chasquido ridículo en comparación al disparo de rifle. Pero la bala disparada por Kelly fue certera; se clavó en el hombro derecho de Simone y la derribó rodando, soltando el rifle, chillando agudamente.

Kelly comenzó a caminar hacia ella, lentamente... pero echó a correr cuando la vio arrastrarse, barbotando palabras que no pudo entender, hacia donde había quedado el rifle. Llegó justo cuando la mano de Simone se crispaba en la culata. El pie derecho de Kelly cayó sobre el rifle, apretándolo contra el suelo, aplastando los dedos de la espléndida rubia, que volvió a chillar y retiró la mano de un tirón.

Sam Kelly alejó el rifle de un puntapié y señaló uno de los sillones con la pistola.

—Siéntese ahí... —masculló—. O si lo prefiere, tiéndase en el sofá. Dentro de poco llegará gente que podrá atenderla. ¿Quiere que la ayude?

Simone le miró, fijamente. Sí, tenía unos ojos verdes de una perversidad escalofriante. Pero, como él mismo decía, Sam Kelly no podía ser espía, porque le faltaba mala uva... Se metió la pistola en un bolsillo y tendió la mano a Simone, inclinándose...

Casi cayó sentado al saltar hacia atrás para esquivar el zarpazo de la rubia, que pasó a menos de cinco milímetros de su ojo derecho. Demudado, Kelly retrocedió y sacó de nuevo la pistola.

—No quiero matarla —jadeó—, pero le aseguro que tampoco voy a darle facilidades para que me mate usted a mí. Ahora, haga lo que quiera, mientras esperamos.

Retrocedió aún más cuando Simone se puso en pie, tambaleándose. Nada de hacer más el primo. Sólo tenía dos ojos, y ciertamente, no pensaba prescindir de uno de ellos. Simone se sentó en un sillón y se quedó mirándolo. Kelly se sentó en otro, y también se quedó mirándola fijamente...

Así estaban cuando llegaron los hombres de la CIA, acompañados de Annette, que corrió hacia Kelly, lo miró con expresión de alivio, y luego miró a la inmóvil, rígida Simone.

—¿Está bien, señor Kelly?

—No.

—Bueno... Pero al menos está vivo, ¿no?

Kelly miró hoscamente a la muchacha, ladeando la cabeza.

—Estoy vivo, pero no gracias a ustedes. Ya ve lo que pasa por no decirme dónde podía llamarla.

—Lo siento, pero ésas eran las órdenes. De todos modos, quizá usted tuvo parte de culpa... ¿O no?

—Quería cinco mil dólares más.

—Entonces no culpe a nadie —refunfuñó Annette—. Bien, ya se están ocupando del pesquero *Calais*, así que podemos dar por terminado

el asunto. Dejaremos aquí a mis compañeros, y usted y yo iremos a una clínica para que le atiendan. Por él camino me tiene que explicar...

—Habrá que llevarla también a ella, ¿no? —gruñó Kelly, señalando a Simone.

—¿Adónde?

—A la clínica.

—¿Para qué? —se sorprendió Annette—. Está muerta.

—¿Cómo que está muerta? ¡Sólo está herida en un hombro!

Annette miró con curiosidad a Kelly. Lo tomó de la mano y tiró de él, acercándolo más a Simone, que seguía sentada, con los ojos abiertos... y una ligera espuma verdosa en un lado de la boca, que la muchacha señaló.

—Cianuro —dijo—. Debía tener una cápsula en la boca, y al comprender que ya no tenía escapatoria, la reventó mordiéndola... ¿Se encuentra mal, señor Kelly?

—Sáqueme de aquí —jadeó Sam—. ¡Por lo que más quiera, lléveme lejos de este lugar!

Capítulo X

OSCAR le estaba esperando en el vestíbulo del Los Angeles International Airport, sonriente, en verdad amable. Junto a él estaba uno de los tres agentes de la que cierta noche se había vapuleado con Sam Kelly, y que también sonreía.

—¿Qué tal, señor Kelly? ¿Ha tenido buen viaje?

—Así es —aceptó Sam—, pero una de las azafatas se molestó porque le solté un pellizco.

—Hombre, es natural, ¿no?

—No, señor, no es natural... La vieja Molly no se habría enfadado. Por cierto, ya que hablamos de la vieja Molly, debo decirle a usted Oscar, que traigo un enfado tremendo.

—¿Por qué está enfadado? —rió Oscar.

—Pues le traía unos regalitos a la vieja Molly, y por poco, los de Aduanas me meten en la cárcel. He podido evitar eso, pero me han doblado a impuestos.

—¿Qué regalitos ha entrado usted en el país, Kelly?

—Bueno... Una caja de champaña francés, un baúl lleno de ropa de señora, unas...

Los dos espías se echaron a reír, y Sam acabó por sonreír. Oscar le tomó de un brazo, y lo llevó hacia los sillones de la sala de espera.

—Tenemos todavía algunas cosillas que charlar con usted, Kelly. Por cierto: ¿cómo va la mano?

—Bien —alzó Sam su enyesada mano izquierda—. Y según el matasanos al que me llevó Annette en París, podré tocar el violín. ¡Todo un milagro, vamos!

—Hombre, no hay para tanto. A fin de cuentas, los médicos,

—Lo digo porque antes no sabía tocar el violín. ¡Todo un milagro, lo juro!

Oscar y su agente sonrieron la vieja broma. Llegaron a los sillones, se sentaron, y tras encender unos cigarrillos. Oscar murmuró:

—Los cazamos a todos, desde luego. Tenemos los morteros, los proyectiles, el personal... Todo. Pero, nos hemos quedado sin saber la verdad.

—¿Qué verdad?

—Estamos seguros de que lo que Simone quemó eran documentos o

microfilmes que podrían habernos revelado quién estaba detrás de ese grupo. Intentaron reconstruirlos allí, pero no fue posible. En cuanto a los mercenarios, saben lo que tenían que hacer, y que les había contratado Monique Arnaud y Simone, pero, eso es todo. Ahora bien, usted estuvo un rato con Simone antes de que ella muriese... ¿No le preguntó quién o quiénes hay detrás de ese intento de derribar la Torre Eiffel con dos proyectiles?

—No, señor... No le pregunté nada.

—¿Por qué no? —gruñó Oscar.

—Pues... no se me ocurrió.

—¡Hombre, por Dios...!

—Lo siento. Usted sabe que yo no soy un espía, Oscar.

—Bien... El caso es que... ¿No le gustaría serlo, Kelly?

—¡No señor! —respingó Sam.

—¿Por qué no? Ha demostrado que tiene agallas más que suficientes para...

—No es por eso. Por valor, me he convencido de que podría serlo, pero... ¿Le digo la verdad?

—Por supuesto.

—No lo soportaría: ese mundo en el que usted está metido, me da asco, Oscar. Lo siento. Sólo sería un espía de pacotilla.

Hubo unos segundos de silencio. Finalmente, Oscar asintió. De un bolsillo interior sacó un sobre, que tendió a Sam.

—Quince mil dólares más —musitó.

—¿Quince mil? Pero quedamos en que serían cinco mil...

—Consideramos que ha ganado los veinticinco mil. Y otra cosa: ¿ha oído hablar de la serie de televisión que llevará por título *Mc Coy en órbita*?

—¡Qué pregunta más idiota! —resopló Kelly—. ¡Es lo mismo que si yo le preguntase a usted si había oído hablar de Mata-Hari!

—Supongo que tiene razón —sonrió Oscar—. Tengo entendido que va a ser una serie en la que los productores tienen puestas muchas esperanzas de éxito. El protagonista tiene que ser un tipo especial, que sepa meterse al público en el bolsillo en el primer telefilme piloto... Bueno, usted ya sabe cómo funciona todo eso, ¿verdad?

—Claro. Y sé que hay cuatro o cinco grandes *astros* en la carpeta de los productores. El asqueroso que se lleve ese contrato se convertirá en millonario antes de un año, y será más famoso que el león de la Metro... ¡Puerca vida! ¿Quién será el cerdo qué...?

—Usted.

—¿Yo? ¿Yo... qué?

—Siempre y cuando le interese ser Mc Coy, claro.

Sam Kelly quedó lívido.

—¿Quiere decir que... que... que...?

—Que usted puede ser ese cerdo, si el papel le interesa. Como ve, señor Kelly, la CIA no sólo hace cosas puercas. De vez en cuando hace buenas obras. Eso aparte de que sabemos que usted es un actor bueno, sin suerte hasta ahora, y que nos deleitará a todos en su personificación de *Mc Coy en órbita*.

—¿La CIA ha conseguido... eso para mí?

—Así es —Oscar sonrió—. Pero no pregunte cómo. Sólo piense que la CIA tiene más tentáculos que un rebaño de pulpos. Bueno, rebaño o como se diga. Stan: ¿cómo se llama la reunión de muchos pulpos?

—Ni idea, señor —respingó el agente de la CIA.

—Pe...pero... Pero no es posible —jadeó Kelly—. ¿Yo, Mc Coy? Nadie me conoce, nadie me quiere, nunca me han tendido una mano...

—Todo llega en la vida, Sam. Claro está, hay que merecerlo. Y usted se lo ha merecido con todos los honores.

—Pero... pe...pero... ¿Qué he hecho yo? Salvar el pellejo, nada más. No soy un héroe... ¡Y ya me han pagado veinticinco mil dólares, Oscar! ¿No es suficiente?

Oscar se puso en pie, serio, de pronto.

—Como usted sabe —musitó—, la fecha para disparar esos dos proyectiles contra la Torre Eiffel era el dos de junio, Sam.

—Sí... Claro, lo sé... ¿Y qué?

—Nuestro presidente, el señor Ford, tenía proyectado llegar a París el día uno de junio, para visitar al presidente francés... El día dos de junio, con gran aparato de prensa, fotógrafos, televisión y demás, ambos presidentes iban a subir a la Torre Eiffel, como un gesto simpático y de amistad. Adiós, Sam: no me defraude con su representación de Mc Coy... ¡Me haría quedar muy mal!

ESTE ES EL FINAL

—¡SAM! —Norah Anderson abrió los brazos, y corrió a su encuentro—. ¡Sam, Sam, querido Sam...!

Kelly abrió los brazos, recibiendo a la famosa estrella cinematográfica, que se le abrazó efusivamente, alzando su boquita, tan preciosa.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¿Qué te ha pasado en la barbilla?

—También aquí, debajo de la oreja —movió Kelly la cabeza—. Me quemé con un chorro de champaña francés. Pero no es nada. Con una sesión de cirugía plástica quedaré como nuevo. Y aprovecharé para pedir que me dejen más guapo.

—¡Qué tonto eres! ¡Pero si ya eres guapísimo...! ¿Qué te ha pasado en la mano?

—Me rompí unos dedos haciéndome el nudo de la corbata.

—¡Oh! —volvió a reír Norah Anderson—. ¡Eso quiere decir que tendrás que esperar unas semanas antes de empezar a hacer Mc Coy!

—¿Ya te has enterado?

—¡Sam! ¡Pero si lo dicen todos los periódicos!

—¿De veras? Caracoles, pues sí que trabajaba bien la... la empresa que me consiguió el empleo. ¿No está la vieja Molly por aquí?

—Sí, sí. Está en la piscina... ¡Pero cuéntame cómo te ha ido por París! ¡No tenía ni idea de que hubieses ido allí! ¿Cómo fue? ¿Qué se te había perdido en París?

—Un palillo, recuerdo de mi abuelo. Y ya que hablamos de París: he traído un baúl así de grande lleno de regalos.

—¡Oh, Sam! ¡No has debido molestarte!

—Ha sido un placer. ¡Mmm...! Entre esos regalos hay un vestido de novia. Una preciosidad —frunció el ceño—. Demonios, me costó dos mil trescientos dólares.

—Santo cielo... ¡Debe ser una maravilla!

—Imagínate... ¡De París!

—Estoy deseando verlo. ¡Oh, estoy segurísima de que me gustará muchísimo, muchísimo! No sé si te das cuenta, Sam... ¡Dentro de muy poco vas a ser más famoso que yo, que Steve, que...!

—Me doy perfecta cuenta. ¿Sabes si la vieja Molly recibió mi postal de París?

—Sí, sí... ¡A mí no me enviaste ninguna!

—Pasó una cosa realmente curiosa... ¿Dices que está en la piscina?

—Sí. ¿Qué pasó que,...

Sam Kelly apartó con un gesto impertinente a la famosa estrella y cruzó el salón. Salió al jardín, en cuyo centro estaba la piscina, rodeada de césped. Allá, tendida boca abajo, en bikini, tomando el sol, estaba la vieja Molly. Se fue para allá, se sentó en la hierba a su lado y le dio una palmada en una nalga.

—¡Hola, Sam! —dijo Molly, antes de volverse boca arriba, para sentarse a continuación; miró las quemaduras en su rostro, la mano escayolada y tragó saliva, finalizando por sonreír tímidamente—. ¿Estás cien?

—Así es. He pensado...

—¡Sam! —apareció Norah Anderson en el jardín—. ¡Sam, ven, te tengo preparada una sorpresa...!

—¡Cierra el pico, so cotorra! —le gritó Sam Kelly; y haciendo caso omiso del grito y la palidez de Norah, se encaró de nuevo con la vieja Molly—. He pensado que algo no debía funcionar bien en mi cabezota de puro alcornoque, vieja Molly. Y en París me di cuenta de ello. Cuando quería decir algo, te mencionaba a ti.

—¿Y eso qué significa? —palideció Molly Downs.

—Demonios, está bien claro, ¿no? Me di cuenta de pronto, así que te compré un vestido de novia. A lo grande. Algo especial.

—¿Para mí?

—¡No querrás que me lo ponga yo! —masculló Kelly.

—¿Es que... voy a casarme?

—Hombre, a mí me da lo mismo que nos casemos o no, pero no veo por qué privamos de nada.

—¿Contigo? —gimió la vieja Molly.

—Y no me digas que no, porque me tiro de cabeza a la piscina de Norah y me olvido de que sé nadar formidablemente. Además, voy a necesitar una secretaria, para ir dándole palmaditas. ¿Y bien?

La vieja Molly rodeó con sus brazos calientes de sol el cuello de Sam Kelly, lo besó en los labios, y luego susurró:

—¡Cuánto te he estado amando siempre, Sam!

—Y además, no lo niegues, a ti te encanta eso de las palmaditas. ¡Eres única, «vieja» Molly!

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA



el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

NOTAS

- 1 Jolie significa bonita, hermosa, linda, en francés.